

CAPÍTULO 8

EL ESCENARIO COMUNISTA EN LA SEGUNDA POSGUERRA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Luciana Zorzoli

Introducción

En este texto abordamos la trayectoria de los tres principales espacios comunistas: el de la URSS, el de Europa del Este y el de China, desde el fin de la guerra hasta la década de 1970.

Poco después de que concluyera la guerra, el mundo comunista se amplió significativamente con la inclusión de los países de Europa del Este en el bloque soviético y en virtud del triunfo de Mao en China. En la URSS, a la muerte de Stalin, sus sucesores pusieron en marcha la *desestalinización* dando paso al llamado revisionismo. La crítica a Stalin tuvo un significativo impacto en los países de Europa del Este, ya sea porque generó, en algunos, un terreno fértil para la expresión de demandas reprimidas o porque condujo, en otros, a una creciente independencia respecto del Kremlin.

Bajo la jefatura de Mao, en China se sucedieron períodos de intensa movilización promovidos desde arriba —como el caso del Gran Salto Adelante o la Revolución Cultural— en los que prevaleció una fuerte apuesta al voluntarismo político para transformar el orden social y económico, pero que también expresaron divergencias en la cúpula del partido gobernante. Mao se opuso decididamente al revisionismo y se distanció cada vez más decididamente del Kremlin, al punto de denunciar el carácter imperialista de la política de Moscú. Simultáneamente buscó limar asperezas en sus relaciones con Estados Unidos.

Desde los años '50, sucesivas crisis afectaron las relaciones entre la URSS y los satélites europeos y, a partir de la década de 1960, Mao cuestionó la primacía de Moscú sobre el campo comunista.

Los conflictos que atravesó el campo comunista tuvieron fuertes repercusiones entre los comunistas de Occidente: parte de sus intelectuales manifestaron su pérdida de fe en la experiencia soviética y algunos visualizaron el maoísmo como alternativa al estalinismo y al revisionismo.

Los últimos años de Stalin

El papel protagónico de la URSS en la derrota del nazismo le significó una brutal pérdida de vidas entre combatientes y población civil y un alto costo económico. Al mismo tiempo, en las sociedades del mundo occidental el miedo al comunismo quedó relegado por el agradecido reconocimiento del sacrificio del pueblo ruso y del aporte significativo de Stalin a la lucha compartida contra el Eje. Según el historiador F. Furet, el fin de la Segunda Guerra inauguró un breve período “durante el cual el comunismo soviético ejercerá su máxima fascinación sobre la imaginación política de los hombres del siglo XX”.

¿Qué hizo posible el triunfo de los soviéticos? La excitación del sentimiento patriótico, básicamente el de los rusos, fue un elemento central para cohesionar a las propias fuerzas, pero Stalin recurrió también al terror tanto en la línea de fuego como en la retaguardia. A los combatientes les ordenó “no dar un paso atrás” y ante el avance alemán aprobó la deportación hacia el este de distintas minorías nacionales –alemanes del Volga, chechenos, ingushetios, tártaros, entre otros– porque dudaba de su fidelidad. Las reivindicaciones de las naciones avasalladas ingresaron con fuerza en la escena pública a partir de las reformas encaradas por Mijail Gorbachov en los años ochenta. No obstante, gran parte de la población soviética vivió la *Guerra Patriótica* como un presagio de liberación y creyó que el mundo de la posguerra sería más soportable y humano.

Aunque la guerra fue una auténtica catástrofe para la Unión Soviética, la reconstrucción industrial fue relativamente rápida. En 1948 se alcanzó el nivel productivo de 1940 y en 1952 se habían doblado las cifras de las producciones más importantes. El esfuerzo y las inversiones continuaron privilegiando a la industria pesada, una opción reforzada por el rápido pasaje de la Gran Alianza a la Guerra Fría. La agricultura, en cambio, permaneció estancada después de la recuperación inicial; la actitud hostil hacia los campesinos siguió siendo un sello distintivo de la política de Stalin.

El final del conflicto no supuso la desaparición del terror esgrimido durante la invasión nazi. Prosiguieron los traslados de grupos nacionales, y ante la menor manifestación de disidencia se impusieron duros castigos. Entre los deportados a los campos de trabajo forzado estuvo Aleksandr Solzhenitsyn, quien años después escribió *Archipiélago Gulag*, texto que tuvo un extendido y profundo impacto entre los intelectuales occidentales cuando se publicó en 1973.

La incertidumbre y el miedo siguieron atenazando a los integrantes de la cúpula del Partido. Nikita Krushev, el sucesor de Stalin, recordaría años más tarde que nunca podía saberse qué decisión tomaría el jefe máximo respecto del destino de los integrantes del grupo que lo rodeaba: “[...] Se iba a las reuniones en la dacha de Stalin porque no había más remedio, pero no se sabía si acabarían en una promoción personal, la detención o incluso el fusilamiento”.

Junto con el autor de este testimonio, en ese pequeño grupo se encontraban Andréi Zhdánov –reconocido como el favorito–, Viacheslav Mólotov, Lázar Kaganóvich, Georgi Malenkov y Lavrenti Beria. La suerte de cada uno no solo dependía de la imprevisible voluntad de Stalin, la competencia entre las camarillas era otro factor clave en el pasaje de la cima del

poder a la condena y ejecución. Después de la muerte de Zhdánov, en 1948, por ejemplo, Malenkov y Beria se unieron y no dudaron en eliminar a los hombres del círculo de Leningrado que habían sido aliados de su rival recientemente desaparecido.

A principios de 1953, fueron detenidos nueve médicos, siete de ellos judíos. Se les acusó de crímenes que se remontarían hasta la desaparición de Zhdánov. Se aproximaba una nueva purga, pero no llegó a concretarse porque Stalin murió en marzo tras un ataque de apoplejía.

Ante la desaparición del jefe máximo del comunismo, gran parte del pueblo soviético y de los intelectuales comunistas manifestaron su dolor y el temor al vacío de poder¹. La multitud que acudió a su funeral fue tan grande que docenas de personas murieron a causa de la presión de la masa. Sus sucesores lo despidieron con todos los honores, pero decidieron acabar con un sistema en el que obtenían importantes privilegios a costa del riesgo de perder hasta sus propias vidas. Los cambios que habrían de ponerse en marcha en parte remitían a la decisión de relajar el terror, pero también a la necesidad de revisar el rumbo de una economía

¹ “A las pocas horas” de anunciarse la muerte de Stalin, el militante del Partido Comunista español Jorge Semprún escribía, “sin que fuera por encargo”, el poema que sería leído ante miles de refugiados políticos españoles reunidos en una sala de París al final del acto en homenaje a la memoria de Stalin.

La clase obrera es huérfana,
son huérfanos
los cargadores de Bilbao,
los que trabajan en Éibar el acero,
los marinos de Ondárroa y de Laredo,
los mineros de Mieres, de Langreo,
las mujeres de Murcia en el mercado,
los pastores de Gredos, las muchachas
que lavaban la ropa en el arroyo,
y el albañil es huérfano y su duelo
brilla en la negra cal de los andamios.
La clase obrera es huérfana en Manresa
y en Sabadell. Por toda Barcelona
corre un rumor de llanto y de promesa:
“¡Se nos ha muerto Stalin! ¡Su bandera
levantaremos hasta la victoria!”
Madrid se ha estremecido.
No habla nadie
en el camino triste hacia el trabajo.
Madrid calla y recuerda.
“¡Se nos ha muerto Stalin! ¡Su Partido
proseguirá la ruta que él abriera!”
Los que sufren del hambre,
los que venden
al Capital su fuerza de trabajo,
los que no tienen nada que perder
y un mundo que ganar,
los que veían
ese mundo ganado y defendido,
de Shangai a Berlín,
más feliz cada día, engrandecido
por la mano de Stalin,
todos ellos son huérfanos.
Se nos ha muerto el padre, el camarada,
se nos ha muerto el Jefe y el Maestro,
Capitán de los pueblos, Arquitecto
del Comunismo en obras gigantescas.
Se nos ha muerto. Ha muerto. No hay palabras.
Redoblen los tambores del silencio.
Se nos ha muerto Stalin, camaradas.
Apretemos las filas en silencio”.

desmedidamente orientada hacia la industria pesada y a la que era preciso incorporar las demandas sociales.

La ampliación del espacio soviético

En virtud del avance del Ejército Rojo sobre los territorios ocupados por los nazis, la mayor parte de los países de Europa del Este quedaron subordinados a las directivas del estalinismo en el marco de la Guerra Fría. El territorio ubicado al norte de Grecia, al sur de Finlandia y al este del Elba no era una unidad política ni social ni cultural. En la región coexistían naciones y grupos con trayectorias diferentes tanto respecto de su grado de organización y autonomía política como en relación con su configuración cultural. Algunos grupos nacionales, como el de los checos y el de los croatas, se habían desarrollado en el imperio de los Habsburgo. Los eslavos del sur quedaron bajo la dominación del Imperio otomano, donde algunos (el caso de los serbios), mantuvieron su religión cristiana ortodoxa mientras que otros, los bosnios, vivieron en simbiosis con la cultura musulmana. En algunos territorios, sus poblaciones vivían con un nivel bastante elevado de cultura urbana: Bohemia, Polonia, norte de Hungría, mientras que otras poseían estructuras sociales de carácter tribal: Albania, algunas zonas de Yugoslavia. Algunas naciones, por ejemplo Bulgaria, habían mantenido una relación estrecha y amistosa con la Rusia histórica en un sentido religioso y político. Otras, como Polonia, eran tradicionales enemigas nacionales, religiosas y políticas de Moscú. Mientras que en Yugoslavia, Checoslovaquia y Bulgaria, los comunistas locales contaban con fuerzas propias, en el resto de los países solo ganaron posiciones con el ingreso del Ejército Rojo.

Durante la expansión del nazismo los países de esta región atravesaron diferentes experiencias. Albania fue anexada por Mussolini al reino de Italia. Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia fueron eliminadas como Estados nacionales en virtud del avance del nazismo, pero también, en el caso de los dos últimos países, a raíz de la iniciativa de grupos locales. Con el desmembramiento de Checoslovaquia y Yugoslavia, emergieron Eslovaquia y Croacia como nuevos Estados, con el visto bueno de los nazis. En cambio en Rumania, Bulgaria y Hungría fueron sus gobiernos autoritarios los que decidieron alinearse con el Eje, al mismo tiempo que mantenían tensas relaciones con los movimientos fascistas locales.

Con la derrota del nazismo, en toda esta región prevaleció el vacío de poder. La mayor parte de las dirigencias políticas tradicionales habían colaborado con Hitler. Era difícil encontrar alternativas a la abrumadora supremacía militar y política soviética en los países ocupados. ¿Qué se proponía Stalin?, ¿aprovechar la ocasión para expandir el comunismo?, ¿restaurar y ampliar las fronteras del antiguo imperio zarista?, ¿resarcir a la URSS de las pérdidas de la guerra vía la explotación de los vencidos? La extrema debilidad del régimen soviético permite suponer que la tercera opción era central en sus planes. En relación con las fronteras, su principal objetivo era anular las cesiones territoriales impuestas por los alemanes a los bolcheviques en la paz firmada en 1918. Quería asegurar la creación de un cinturón de

seguridad que hiciera imposible una invasión a la Unión Soviética como la concretada por Hitler. En este sentido Polonia, desgarrada por la ocupación nazi y la soviética, sería la principal afectada.

Durante la guerra, el gobierno polaco en el exilio intentó que su país no cayera en poder de los soviéticos. En 1944, un año después de que el descubrimiento de la masacre de Katyn precipitase la ruptura de sus relaciones diplomáticas con Moscú, el gobierno polaco con sede en Londres convocó a la insurrección masiva en Varsovia para liberarla de los alemanes antes de que llegara el Ejército Rojo. Las fuerzas soviéticas se encontraban próximas a la ciudad, pero Stalin decidió no apoyar la insurrección. En enero de 1945, las tropas soviéticas entraron en Varsovia y se formó un Gobierno Provisional de Unidad Nacional integrado por representantes del Partido Obrero Polaco, el Partido Socialista Polaco y el Partido Campesino. En la práctica, el poder quedó en manos de los comunistas, muy subordinados a Moscú, que retuvieron el control del ejército y del aparato de seguridad. En poco tiempo, tanto el Partido Campesino como el Socialista fueron eliminados. Polonia debió ceder parte de sus territorios del este a la Unión Soviética y en compensación avanzó en el oeste sobre Alemania. Este doble corrimiento de las fronteras fue acompañado por desplazamientos de millones de polacos y alemanes para quedar incluidos en los nuevos Estados nacionales.

Después de la victoria aliada, el gobierno checoslovaco en el exilio encabezado por Edvard Beneš, regresó a Praga y sin consultar a las potencias occidentales firmó un acuerdo de paz y seguridad con la Unión Soviética. La decisión desagradó a Washington y Londres, pero en la dirigencia checoslovaca pesaba el recuerdo de Munich. El Frente Nacional a cargo del gobierno incluyó a los comunistas, a los socialdemócratas y a representantes del Partido Popular Católico y del Partido Democrático Eslovaco. Luego de las elecciones generales de mayo de 1946, Beneš asumió nuevamente la presidencia (había ocupado este cargo entre 1935 y 1938). Los comunistas obtuvieron un tercio de los escaños parlamentarios y ocuparon, entre otros, el Ministerio del Interior, que les aseguró el control sobre las fuerzas de seguridad. La cartera de Exteriores quedó en manos de Jan Masaryk, hijo del héroe de la independencia nacional. La Rutenia ciscarpática fue entregada a la URSS en junio de 1945 y la población de origen alemán, como venganza por la desintegración del país instrumentada por los nazis, fue expulsada en masa del país.

En Yugoslavia la construcción del nuevo orden quedó en manos de Tito, el principal líder de la guerrilla comunista que derrotó a los nazis. La intervención del Ejército Rojo en este país quedó en segundo plano.

El resto de los países –Rumania, Bulgaria, Hungría y Alemania– representaban al enemigo derrotado. Los tres primeros fueron ocupados por el Ejército Rojo y bajo su control se formaron gobiernos de coalición integrados por comunistas, socialistas y dirigentes de los partidos campesinos. En cambio Alemania, según lo dispuesto en Yalta, quedó dividida y ocupada por los cuatro países vencedores, y aunque los aliados habían resuelto tratarla como principal responsable del conflicto, en muy poco tiempo las decisiones sobre su destino dejaron de

tomarse en forma conjunta. Cuando la Gran Alianza dio paso a la Guerra Fría, Alemania quedó partida en dos nuevos países en 1949.

En el caso de Albania, a partir de 1941 los partisanos comunistas y nacionalistas lucharon contra las tropas de ocupación italianas y alemanas, además de entablar una dura competencia por imponer su poder. Con la caída del fascismo en Italia, los comunistas tomaron el control de la mayoría de las ciudades del sur del país, mientras que los nacionalistas dominaron el norte. Hubo un intento de colaboración, pero se frustró en relación con la suerte de Kosovo. Los comunistas –bajo la tutela de los yugoslavos– apoyaron el retorno de Kosovo a Yugoslavia. Mientras que los nacionalistas plantearon mantener la región bajo soberanía de Albania. En noviembre de 1944, los alemanes se retiraron del país y los comunistas –apoyados por la aviación aliada– tomaron la capital del país.

Hasta la expulsión de Yugoslavia del Kominform en 1948, Albania fue prácticamente un satélite de su poderoso vecino, que no ocultó sus intenciones de dominarla, al igual que lo hizo Italia entre 1925 y 1945. A partir de 1948, Albania entró en la órbita soviética y la URSS compensó las pérdidas dejadas por la falta de ayuda yugoslava.

Hasta 1948, Moscú aceptó que los comunistas compartieran el gobierno con los partidos no colaboracionistas existentes antes de la ocupación nazi. El programa de modernización y redistribución impulsado por estas coaliciones concitó una amplia adhesión, ya que fue percibido como una alternativa viable para superar el atraso. Sin embargo, en el marco del agravamiento de las tensiones con el bloque occidental –la puesta en marcha del Plan Marshall y la creación del Kominform, se liquidó la experiencia de los frentes. Según la teoría enunciada por Andréi Zhdánov, el mundo había quedado dividido en dos bloques irreconciliables y la política de alianzas no tenía cabida; en este escenario, se retomó la consigna de la preeminencia de la lucha de clases.

Los dirigentes comunistas europeos debieron seguir el modelo soviético: desarrollo industrial acelerado y planificado; colectivización del agro, y partido único. Un hito clave en este giro fue la disolución de la coalición gobernante en Checoslovaquia. En febrero de 1948, doce ministros abandonaron el gobierno en repudio a las presiones de los comunistas. El control de estos sobre la policía y las organizaciones de trabajadores les permitió realizar manifestaciones armadas en la calle. El presidente Beneš nombró un nuevo gabinete dominado por los comunistas y dimitió en junio de ese año. La presidencia quedó en manos del comunista Klement Gottwald.

Al mismo tiempo que se clausuraba la etapa de los frentes se produjo un hecho inesperado: la separación de Belgrado del bloque soviético. Yugoslavia había sido uno de los escasos países europeos en que los partisanos jugaron un papel decisivo en las operaciones militares contra los nazis. Después de la derrota de los alemanes, el líder de la resistencia contrarió los deseos de Stalin al no aceptar compartir el poder con los representantes del gobierno monárquico exiliado en Londres. En los primeros meses de la posguerra, Tito, además, llevó a cabo una política exterior activa y autónoma poco grata a los ojos del jefe máximo del comunismo: ayudó a los guerrilleros comunistas en Grecia y propuso la creación de una

federación balcánica con Bulgaria y Albania. En el plano interno se opuso a la injerencia del personal soviético en la administración y en las fuerzas de seguridad. El rumbo independiente que Tito imprimió a su gobierno, más que la adopción de una vía novedosa al socialismo, fue lo que llevó al Kremlin a denunciar la “desviación” del régimen yugoslavo. Cuando a mediados de 1948 Yugoslavia fue expulsada de la Kominform, el dirigente yugoslavo buscó y obtuvo el apoyo de Estados Unidos. Su gobierno recibió la ayuda del Plan Marshall e ingresó en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sin dejar por esto de comprometerse decididamente con el Movimiento de Países No Alineados. En el informe presentado al VI Congreso de su partido, varios meses antes de la muerte de Stalin, Tito planteó que “la URSS comenzó a practicar su política de expansionismo ya en vísperas de la última Guerra Mundial al firmar el acto con Hitler, al repartirse con él zonas de intereses, al invadir territorios extranjeros” y continuó esta misma política en cuanto terminó la Guerra, “[...] este sojuzgamiento de los pueblos pequeños [...] solo tiene una finalidad que no es la revolución mundial, sino realmente la hegemonía mundial, la dominación por la URSS, potencia imperialista, de los otros pueblos”.

Luego fue Mao quien esgrimió este argumento para denunciar la política de Moscú.

La acabada subordinación de los gobiernos de los países de Europa del Este no solo afectó a los partidos burgueses, incluyó la depuración de los propios partidos comunistas. En el marco del enfrentamiento con Belgrado, Stalin volvió a poner en escena entre 1949 y 1952 la ceremonia de los juicios para eliminar a los que en ese momento fueron identificados como “titoístas al servicio del imperialismo”. Como en los años treinta, todos *confesaron* los crímenes de que eran acusados y los condenados fueron ejecutados o enviados a los campos de trabajo forzado. Hubo quienes sobrevivieron al campo de concentración nazi para caer en el Gulag soviético.

Las dos acusaciones básicas que dieron lugar a los *juicios* fueron el nacionalismo y el cosmopolitismo. Se culpó del primer pecado a quienes defendieron la necesidad de tener en cuenta las peculiaridades del país que gobernaban en el momento de avanzar hacia el socialismo, aquí por ejemplo se ubicó al comunista polaco Władysław Gomułka. La mayor parte de los sancionados como cosmopolitas habían pertenecido a las Brigadas Internacionales en los años ‘30 o militado en la resistencia en los países europeos ocupados por los nazis. El húngaro László Rajk, por ejemplo, desde la Guerra Civil española mantenía estrechas relaciones con los comunistas yugoslavos y sus declaraciones proporcionaron un material muy oportuno para la campaña propagandística contra Tito. Rudolf Slánský, secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, era judío y había sido protegido por Zhdánov; su ejecución en 1952 afectó a un gran número de intelectuales judíos que pasaron a la categoría de enemigos del régimen. Los cosmopolitas, según Moscú, estaban demasiado interesados en romper el aislamiento con el objetivo de forjar relaciones con las democracias capitalistas.

La depuración de los partidos comunistas del bloque soviético respondió a la naturaleza del sistema estalinista, que exigía partidos comunistas acabadamente homogéneos y cohesionados. El sistema no podía aceptar la existencia de partidos integrados por dirigentes provenientes de experiencias diferentes y capaces de plantear alternativas a las órdenes de la

cúpula soviética. La puesta en marcha de las purgas contó en su favor con la presencia de camarillas enfrentadas en la cima de los partidos europeos. Con las purgas se eliminó la competencia y se creyó asegurar el predominio de los más dispuestos a someterse a las directivas del Kremlin. Algunos procesos, como el de Rudolf Slánský en Checoslovaquia, tuvieron un destacado carácter antisemita: los judíos fueron presentados como especialmente predispuestos, por su origen, su carácter y su educación, a prestarse a ser instrumentos del espionaje occidental.²

² El testimonio de Jorge Semprún sobre los juzgados y condenados en Checoslovaquia. Sus recuerdos sobre aquel período conectados con el tiempo en que estuvo prisionero en el campo de concentración emergieron en la reunión del Partido Comunista español concretada en los primeros días de abril de 1964 para examinar las diferencias de Claudín y las del mismo Semprún con la línea del Partido.

[...] De 1943 a 1945, en el campo de concentración de Buchenwald, yo había trabajado, por encargo de la dirección clandestina de la organización del PCE en el campo –y es que yo era el único de los deportados españoles que supiera el alemán– en un servicio administrativo interno, la Arbeitsstatistik, junto a un grupo de camaradas comunistas de diversas nacionalidades.

Uno de esos comunistas era checo. Se llamaba Frank, Josef Frank. Más tarde, después de la guerra, Frank llegó a ser secretario general adjunto del PC de Checoslovaquia. Y en 1952 fue uno de los juzgados en el proceso Slánský, el último gran proceso espectacular de la era estalinista. El mismo proceso en que fue juzgado Artur London y cuya preparación nos ha relatado en *La confesión*. Confesó Frank, como todos los demás, crímenes imaginarios y fue condenado a muerte.

En 1952, leí en *L'Humanité*, diario del PC francés, el resumen del acta de acusación contra los encartados en el proceso Slánský. Vi que a Josef Frank se le acusaba, entre otras cosas, de haber estado al servicio de los nazis en Buchenwald. Leí varias veces esa acusación. Me entró un sudor frío. Pensé que no era posible, que tenía que ser un error de transmisión. Yo sabía que Frank no había estado al servicio de los nazis, en Buchenwald, lo sabía muy bien.

Recordé que a comienzos de 1945, cuando ya se vislumbraba la derrota alemana, la dirección clandestina del PC francés en Buchenwald me pidió ayuda para organizar la evasión de dos camaradas. Se trataba de Pierre Durand, actual redactor-jefe de *L'Humanité*, y de Marcel Paul, dirigente comunista del sindicato de la electricidad, que luego fue ministro del gobierno de DeGaulle, en la época de la alianza tripartita. Acepté esa tarea. Mi puesto de trabajo en la Arbeitsstatistik me permitía saber, en efecto, cuáles eran los kommandos que salían a trabajar, durante el día, fuera del recinto de alambradas electrificadas del campo propiamente dicho, con misiones de reparación de carreteras, de vías férreas, de postes telefónicos, y otras tareas similares, cada vez más necesarias y urgentes, a medida que los sistemáticos bombardeos de la aviación angloamericana iban paralizando la vida productiva del Tercer Reich.

Durand y Paul querían ser destinados a un kommando de ese género para estudiar desde allí, concretamente, las posibilidades de evasión. Bien, acepté la tarea.

Uno de los responsables de la distribución de la mano de obra deportada entre los diferentes kommandos de Buchenwald era Frank, precisamente. Le fui a ver. Era una mañana de invierno, lo recuerdo ahora como lo recordé en 1952, al leer la acusación contra Frank en el periódico, como lo recordé en 1964 en el antiguo castillo de los reyes de Bohemia [...].

Recuerdo aquella mañana de invierno, en Buchenwald, el segundo invierno mío en el campo. Fui a ver a Frank y le pedí que me encontrara dos puestos de trabajo en un kommando que saliera durante el día del recinto alambrado del campo. Dos puestos de trabajo para dos camaradas franceses [...].

Finalmente, el plan de evasión de Pierre Durand y de Marcel Paul fue abandonado, no recuerdo ya por qué razones. Pero Frank cumplió su promesa. Encontró los dos puestos de trabajo que le había pedido.

Recuerdo la nieve de aquel día lejano de 1945. Recuerdo el humo gris del crematorio. Le di la mano a Frank, mi compañero. Ninguno de nosotros dos podía imaginar que siete años más tarde, en el otoño de 1952, Josef Frank confesaría haber sido un criminal de guerra, en Buchenwald, al servicio de la Gestapo. No sabíamos que moriría en la horca, asesinado por los suyos –los nuestros– en un país que había contribuido a libertar. No sabíamos que sería incinerado su cadáver y que las cenizas, junto con las de los demás ajusticiados, serían esparcidas en la nieve de los alrededores de Praga, para que no quedara ni huella de su paso por la tierra. Ninguno de nosotros podía imaginar que yo evocaría su memoria, tristemente, desesperadamente, un triste y desesperante mes de marzo de 1964, ante un tribunal de representantes de la clase obrera española, ¡oh siniestra farsa!, en un antiguo castillo de los reyes de Bohemia.

Evoqué la memoria de Josef Frank ante los miembros del Comité Ejecutivo del PCE. Yo sabía que era inocente, en 1952, y no había dicho nada. No había proclamado en ninguna parte su inocencia. Me había callado, sacrificando la verdad en aras del Espíritu Absoluto, que entre nosotros se llamaba Espíritu-de-Partido [...].

La desestalinización

Stalin no había organizado su sucesión y sus poderes pasaron a una dirección colectiva en la que se distinguieron tres figuras principales: Malenkov, presidente del Consejo de Ministros; Beria, la máxima autoridad del Ministerio de Asuntos Internos –del que dependía la policía política–, y el secretario general del Partido, Krushev. En un segundo plano estaban Kaganóvich, comisario de Economía, y Mólotov, al frente de Relaciones Exteriores. Aunque acordaron mantenerse unidos, competían sordamente por el control del poder.

Pocas semanas después de la muerte de Stalin aparecieron señales de cambio: fue aprobado el decreto de amnistía a los presos políticos y el que negaba la existencia de la conjura de los médicos. Era el principio del fin del terror. Al mismo tiempo, Malenkov declaraba su interés en modificar las prioridades de los planes económicos pasando inversiones de la industria pesada hacia los bienes destinados a mejorar las condiciones de vida de la población, especialmente la vivienda. En sintonía con este sesgo, Beria alentaba las negociaciones con los países del bloque capitalista para poner fin al problema alemán. Su idea era llegar a la reunificación de las dos zonas mediante la instauración de un Estado alemán neutral que sirviese de garantía a la preservación de las fronteras entre los dos bloques. También se mostró dispuesto al acercamiento con Tito –el *hereje*, según Stalin– y con Mao.

Los hombres que habían colaborado estrechamente con la política estalinista, y sin que se visualizaran presiones desde la sociedad, estaban dando un drástico giro respecto del gobierno de Stalin. Sin embargo, el grupo carecía de cohesión. Hasta 1958, en que Krushev impuso acabadamente su conducción, las pugnas entre camarillas imprimieron su sello a los sucesivos recambios de una parte del personal ubicado en la cima del poder. Pero se produjo un cambio fundamental: la pérdida del cargo dejó de estar acompañada por la eliminación física del desplazado, excepto en el caso de Beria. A mediados de 1953, a través de procedimientos y de reproches de corte estalinista, el jefe máximo de los servicios de seguridad fue detenido y a fines de ese año fusilado. En cierto sentido, se repitió lo que había ocurrido en los años veinte con la muerte de Lenin: la desaparición del jefe máximo desencadenó la competencia entre los miembros de la

En 1970 el director griego Costa-Gavras filmó la película *La confesión*, basada en el texto de Artur London, sobreviviente de este juicio. Semprún escribió el guión, Artur fue interpretado por Yves Montand, y su esposa Lise por Simone Signoret.

Los juicios fueron llevados a cabo en todos los países del bloque soviético. En Hungría una de las víctimas principales fue László Rajk, que desde la guerra de España mantenía estrechas relaciones con los comunistas yugoslavos y cuyas declaraciones proporcionaron un material muy oportuno para la campaña propagandística contra Tito. En Bulgaria fue condenado el que fuera el principal dirigente del Partido, Traicho Kostov. En Albania, fue ejecutado Koçi Xoxe, quien se había desempeñado como viceprimer ministro y ministro de Interior. Gheorghiu-Dej, en Rumania a principios de 1952, aprovechó el clima de antisemitismo que predominaba en la URSS para eliminar de la dirección del Partido a dos altos dirigentes de origen judío: Ana Pauker y Vasile Luca. Esta acción le permitió quedar como jefe absoluto del gobierno y del Partido. Dej se convirtió luego en un jefe nacional comunista enfrentado a la hegemonía del Kremlin. En Alemania del Este, Ulbricht, luego del proceso a Slansky ordenó el arresto del dirigente judío Paul Merker y de su rival Franz Dahlem. En el caso de Polonia, el primer secretario del Partido, Gomulka, a mediados de 1948, planteó objeciones frente a la colectivización forzosa. Estas provocaron su destitución. Recién a fines de 1949 fue expulsado del Partido y a fines de 1951 detenido sin que se recurriera a la instrumentación de un juicio.

cúpula bolchevique. Pero en aquella ocasión, Stalin acabó imponiéndose a través de la invocación del legado leninista; sus sucesores, en cambio, dieron curso a la *desestalinización*.

Aunque los sentimientos de miedo y hastío frente al terror parecen haber sido compartidos, estos se combinaron con la presencia de diferentes fracciones. Los dos principales temas del debate explícito, enlazados entre sí, fueron: el rumbo de la política exterior –hasta qué punto alentar el deshielo o seguir la carrera armamentista– y las prioridades fijadas en los planes económicos –cuánto asignar a la industria pesada y cuánto a la de bienes de consumo–. Pero hubo otra controversia más encubierta que giró en torno de los alcances del desmantelamiento de la maquinaria del terror y los procedimientos a seguir en este sentido. En este terreno, Krushev asumió la posición más radicalizada. Su embate contra el estalinismo fue en gran medida una herramienta para ganar terreno sobre los rivales. En su marcha hacia la *toma del poder* fue quien, con mayor convicción y habilidad, profundizó la desestalinización hasta el punto de denunciar los crímenes de Stalin.

Después de su activa intervención en la destitución de Beria, Krushev avanzó sobre Malenkov aliándose con Kaganóvich y Mólotov, la vieja guardia del Partido, reticente a los cambios en todos los sentidos. A principios de 1955, el secretario del Partido logró que Bulganin, un hombre de su confianza, reemplazara a Malenkov como presidente del Consejo de Ministros. Había llegado el momento de tomar distancia del grupo conservador, y poco después viajó a Belgrado para recomponer las relaciones con Tito.

En el XX Congreso del Partido, a fines de febrero de 1956, Krushev pronunció el discurso *secreto* que descorrió el velo sobre el Gulag y la *depuración* del Partido en los años treinta y en el que, además, atacó el culto a la personalidad de Stalin. No todo fue dicho y mucho menos se intentó ofrecer razones sobre lo ocurrido, el jefe máximo muerto fue al mismo tiempo el responsable y la causa del terror, solo había que dar vuelta la página para seguir avanzando hacia el socialismo. Con estas revelaciones atrevidas y parciales, Krushev pretendía ganar el apoyo de la masa del Partido y fortalecerse frente a sus rivales, que aun retenían espacios de poder en el Partido y el gobierno. Pero su discurso fue también la expresión de un militante comunista convencido de que era posible renovar el régimen y recuperar los ideales del Octubre Rojo.

El informe *secreto* de 1956 se difundió rápidamente y agrietó las convicciones en los partidos comunistas. Una parte importante de los militantes comunistas occidentales abandonaron sus filas, fue el principio del fin de la disciplina y la obediencia ciegas al partido que había hecho la Revolución. Los partidos comunistas de Gran Bretaña, Suiza y Dinamarca sufrieron una grave crisis: un tercio de los militantes del primero se dieron de baja. En Francia, quizá una cuarta parte del mundo intelectual que apoyaba de forma más o menos implícita al Partido Comunista se desvinculó del mismo.

El nuevo rumbo de Krushev combinaba los cambios internos con el deshielo de la Guerra Fría. La Unión Soviética no podía seguir destinando tantos recursos al aparato militar, era preciso atender las condiciones de vida de la población. Aunque no logró cambios significativos en la comunicación con Washington, dejó claro que tenía la voluntad de dialogar y anunció que

la superioridad del socialismo quedaría confirmada a través de su exitosa competencia económica con el capitalismo. La revolución bolchevique dejaba de ser el camino obligado para el triunfo del comunismo, era factible seguir *diferentes vías*, implícitamente quedaba abierta la posibilidad del desarrollo progresivo del socialismo en el marco del capitalismo. En lugar de los dos campos en lucha propuestos con la creación del Kominform, ahora los partidos comunistas podían avanzar en la búsqueda de alianzas parlamentarias en el marco de las democracias occidentales. En gran medida, al no proponer la expansión revolucionaria del comunismo, la nueva dirigencia, aunque con una actitud diferente, seguía el mismo rumbo que Stalin: consolidar el poder ya conquistado.

En el plano interno, Krushev no pretendió reemplazar a los cuadros estalinistas, solo reeducarlos y forjar una racionalidad que operase como dique de contención a los excesos del régimen fundado en la autoridad de una sola persona. La propuesta del nuevo jefe máximo se basaba en un elevado grado de confianza en la solidez del aparato partidario y en su posibilidad de conservar lo esencial del poder. Respecto del rumbo económico, promovió amplias reorganizaciones sin cuestionar la economía central planificada. En el orden industrial, recortó los poderes de la burocracia central y favoreció un mayor grado de injerencia por parte de los gobiernos provinciales. En materia agrícola, se liberó a los agricultores de las entregas forzosas de alimentos, el Estado se declaró dispuesto a pagar todos los productos requeridos para asegurar el abastecimiento de las ciudades y aumentó los precios de los mismos. En cierto sentido, las reformas del agro retomaban algunos de los principios de la NEP. Pero también se propuso *conquistar las tierras vírgenes* de Asia Central y Siberia, una experiencia inicialmente exitosa pero que acabó en un rotundo fracaso al provocar la erosión de los suelos. En el afán de incrementar los volúmenes, se dejó a un lado la renovación de los terrenos, explotados a toda marcha, y –lo más dramático– se impuso una explotación que alteró los cursos de agua y liquidó los cultivos destinados a alimentar a la población, que sufrió los rigores de un nuevo régimen de explotación. Gran parte de la población rural de Asia Central fue sacrificada a la irracional producción de algodón.

Un aspecto de la política interna de Krushev es el que se refiere a su política cultural y a sus relaciones con los intelectuales. La desestalinización produjo, por vez primera en la historia de la URSS, la aparición de algo semejante a una opinión pública, especialmente entre los medios culturales que, por lo menos en una etapa inicial, estuvieron al lado del líder soviético. En 1957, Pasternak publicó en el extranjero *Doctor Zhivago*, que incluía aspectos críticos hacia la Revolución de 1917. Con él obtuvo el Premio Nobel en 1958 que, sin embargo, no pudo recibir personalmente por la oposición de las autoridades. En 1962, la censura permitió la aparición de *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Aleksandr Solzhenitsyn. También se publicó la obra poética de Ajmátova y la ensayística de Amalrik. En todos estos casos, se elevó el nivel de tolerancia para los discrepantes con el sistema político vigente.

Mientras Krushev disfrutaba de sus vacaciones, en 1964, la práctica totalidad del Presidium (ex-Politburó) aprobó su destitución y los nombramientos de Leonid Brézhnev como primer secretario del Partido y de Alekséi Kosygin como presidente del Consejo de Ministros.

Según sus camaradas, había cometido errores graves en la dirección de la política económica, había tomado decisiones improvisadas y obró con manifiesta falta de prudencia en muchos casos. Krushev no fue perseguido, pero vivió observado en una vivienda modesta. En el retiro “por motivos de salud”, escribió sus memorias a escondidas y el control de los servicios no impidió que *Krushev recuerda* apareciera en Occidente en 1970.

Se lo responsabilizó del impasse en que se encontraba la agricultura soviética, incapaz de aportar una base sólida al ascenso del nivel de vida. Se lo acusó por el consiguiente estancamiento del ritmo de aumento del desarrollo industrial. En parte estas dificultades derivaron de los experimentos descoordinados de Krushev o, como se dijo en el Congreso, de su actitud “subjetivista” frente a los problemas económicos. Pero también en parte fueron fruto de las circunstancias objetivas y tuvieron que ver con la transición operada por la economía soviética de la acumulación socialista primitiva a una modalidad de acumulación más normal. De la misma manera, hay que reconocer que el costo, cada vez más gravoso, del programa de armamento estaba pesando sobre la economía y retardando su avance.

La desestalinización fue incompleta. No le explicó al país lo vivido a lo largo de la era de Stalin. No hubo un intento de desarmar la tragedia estalinista y avanzar hacia la verdad. La formulación de un conjunto de verdades a medias fomentó una decepción peligrosa, sin ofrecer a la joven *intelligentsia* ni a los trabajadores una idea positiva ni un método político efectivamente capaz de llenar el vacío dejado por la destrucción de ídolos y mitos.

Los 18 años en que Brézhnev estuvo al frente del PCUS están asociados con tres procesos clave: el afianzamiento de la nomenklatura; el estancamiento económico, especialmente su retraso en el plano científico y tecnológico, opacado por el hecho de que fue el período en que la población soviética dejó atrás la etapa de los sacrificios y alcanzó sus más altos niveles de consumo, y por último la adopción, en los años '70, de una política exterior expansionista, en especial su gravitación en África, uno de los factores que darían paso a la Segunda Guerra Fría.

Europa del Este en el marco de la desestalinización

Desde la muerte de Stalin en 1953 hasta el ingreso de los tanques soviéticos en Checoslovaquia en 1968, el bloque soviético europeo fue sacudido por una profunda crisis, con picos y reflujos y con diferentes alcances y significación según los países. Se pueden distinguir tres tipos principales de conflictos. El primero, caracterizado esencialmente por episodios de rebelión causada por la escasez o bien como reacción por reajustes en los centros de trabajo para incrementar la productividad o como protesta frente a la desvalorización de la moneda. El segundo está representado por la Revolución húngara de 1956, que cuestionó en forma radical el sistema comunista de partido único. El tercer tipo se concretó en Checoslovaquia con el intento, desde un sector de la cúpula del partido gobernante, de concretar reformas políticas y económicas.

En otros casos, como los de Rumania y Albania, no hubo estallidos sociales pero sí la decisión de los partidos comunistas de estos países de tomar distancia de Moscú. La

disidencia de este segundo grupo impugnó la desestalinización, o bien no se sumó a este proceso, para centrarse en la ruptura de su condición de satélites respecto del rumbo diseñado en Moscú y emprender su propio programa económico y de relaciones exteriores.

En este contexto, China cuestionó muy tempranamente las críticas a Stalin, repudió decididamente los movimientos de protesta que tuvieron lugar en los países europeos y acabó, por un lado, denunciando la naturaleza imperialista de la URSS y, por el otro, recomponiendo sus relaciones con Estados Unidos.

A la muerte de Stalin, el giro adoptado por la dirección colegiada desde Moscú dio paso a la emergencia del concepto de revisionismo. El término fue acuñado originariamente por los sectores que se oponían a los cambios propiciados por los reformadores y a través del mismo se pretendía descalificarlos al asociar sus planteos con los de la corriente de la socialdemocracia alemana encabezada por Bernstein a fines del siglo XIX. Los revisionistas de ayer habían traicionado a la clase obrera al sumarse a las “uniones sagradas” que posibilitaron la Primera Guerra Mundial y la habían vuelto a traicionar cuando criticaron la toma del gobierno por parte de los bolcheviques en octubre de 1917. Bajo el término *revisionismo* coexistían principios no acabadamente articulados y se englobó a diferentes sectores que, aunque compartían su oposición al estalinismo, aún no habían precisado sus diferencias internas. El grupo central lo integraban quienes propiciaban la eliminación de los métodos autoritarios y burocráticos en el Partido y en el Estado, el desarrollo de la autogestión, la apertura en el plano cultural y un cierto pluralismo político pero bajo la dirección del Partido Comunista.

Los “liberales”, con objetivos más limitados que el grupo anterior, impulsaron inicialmente los cambios pero circunscriptos a la adopción de un nuevo estilo político por parte de la conducción del Partido. La renovación debía conferir un carácter menos arbitrario a las decisiones del gobierno y del Partido y habría de incluir medidas económicas destinadas a recoger las demandas más imperiosas de productores y consumidores: normas de trabajo más flexibles, mayores salarios, posibilidades de acceso a la vivienda. Todo esto sin poner en tela de juicio el control del Partido sobre la organización de la producción y de los criterios en que se basaba la distribución y sin abrir el juego a la competencia política.

Los revisionistas de izquierda propiciaban una democratización más profunda en el campo del trabajo a través del fortalecimiento de los consejos obreros no subordinados al Partido y la configuración de un espacio abierto para el debate al margen de este. Este sector solo se visualiza en aquellas situaciones en que la crisis se combinó con la movilización organizada de sectores de la sociedad.

También se sumaron al nuevo espacio abierto por los revisionistas aquellas fuerzas políticas tradicionales que habían intervenido en la lucha contra el fascismo y luego en el marco de la soviétización fueron proscriptas: socialdemócratas, católicos, agrarios.

En relación con el marxismo, los revisionistas reconocieron la posibilidad y la necesidad de leer e interpretar las obras de Marx sin atenerse a la intermediación institucional. Además, reivindicaron la incorporación de otras corrientes teóricas que habían estado censuradas en virtud de su condición de ciencias burguesas. Se prestó atención a otras tradiciones y corrientes socialistas no

aceptadas hasta entonces por el poder, tanto la de los marxistas que habían formulado críticas al curso de Revolución bolchevique y algunos aspectos de la doctrina leninista, como la de Rosa Luxemburgo, o bien las de los partidos socialistas de Europa Occidental.

El nuevo rumbo puesto en marcha por Krushev desestabilizó a las dirigencias comunistas de los países europeos. En parte porque deslegitimaba a quienes habían actuado como “pequeños Stalin”. El giro del XX Congreso los colocó frente a severos desafíos: encarar la dirección colectiva; asumir la crítica al culto de la personalidad; corregir los excesos en la industrialización y colectivización; suprimir los aspectos más brutales de la represión; rehabilitar a algunas de las víctimas más notorias.

El objetivo de los dirigentes soviéticos no era liquidar la hegemonía de los jefes políticos del bloque soviético sino continuarla por otros medios más flexibles, más racionales y más respetuosos. Pero la puesta en marcha de la reforma produjo divisiones en el seno del Kremlin que se reprodujeron en los órganos de poder de los otros países del bloque. La presencia de diferentes tendencias, la de los conservadores estalinistas por un lado y la de los revisionistas por otro, dio paso a un proceso signado por avances y retrocesos en la implementación de las reformas y, en algunos casos, a situaciones revolucionarias.

Las fracciones estalinistas de las democracias populares contaban con el apoyo del grupo Mólotov-Kaganóvich, que resistía en Moscú al grupo de Krushev; por su parte, los más dispuestos a promover cambios tuvieron el aval de los “liberales” del Kremlin. En Hungría, por ejemplo, el secretario general del Partido, Mátyás Rákosi, organizador del proceso contra László Rajk en 1952, debió aceptar que Imre Nagy ocupara el puesto de primer ministro. Nagy, vinculado con Malenkov, prometió una relajación general de los controles y una economía orientada hacia el consumo. No llegó a desplegar su programa porque en 1955 cayó junto con Malenkov.

Dado que el revisionismo fue principalmente un movimiento intelectual, su base de acción se encontró en las revistas culturales o especializadas, las escuelas superiores –incluyendo las del Partido– y las asociaciones culturales, científicas y políticas. Lograron extender su campo de acción al asociarse con el ala reformista de los aparatos del Partido. No formaron nunca una organización política propia, optaron por actuar dentro de los cuadros institucionales dirigiéndose en primer lugar al Partido Comunista con el fin de promover una auténtica renovación de la práctica socialista. En gran medida, el impulso provino de los sectores marginales del Partido y logró afianzarse en virtud de la acogida que tuvo el cambio de rumbo por sectores de la dirigencia y en ámbitos clave de la sociedad.

El fenómeno del revisionismo tuvo diferentes alcances, asumió una posición moderada tanto en la URSS con Krushev como con Gomulka en Polonia. En cambio, en Hungría se alcanzó el punto de lucha frontal, y en Checoslovaquia, al cabo de una larga incubación, en 1968 la dirigencia del Partido encabezó una reforma que tendía a rebasar los límites ideológicos y políticos del revisionismo.

La confrontación en el seno de los grupos dirigentes atravesó al conjunto del Partido y trascendió fuera del mismo. Para dar cuenta del rumbo seguido por los diferentes países, a las divisiones en las cúpulas dirigentes es preciso sumarle la presencia de iniciativas de diferente

alcance y consistencia en el seno de las sociedades. La desestalinización abrió espacio a la impugnación del pasado reciente; a las reivindicaciones de los obreros descontentos por los bajos salarios, las elevadas normas y el autoritarismo de las relaciones laborales; al malestar de los campesinos, obligados a aceptar la colectivización forzosa en condiciones inapropiadas, y a los reclamos de los intelectuales y estudiantes especialmente sensibilizados contra las formas de opresión cultural.

Las primeras explosiones sociales tuvieron lugar en Alemania Oriental y en Checoslovaquia, a los tres meses de la muerte de Stalin. A principios de junio, los trabajadores de varios centros industriales de Checoslovaquia iniciaron paros y manifestaciones en las acerías y minas de Ostrava, en la gran fábrica de industria mecánica de Praga y en la fábrica Lenin de Pilsen. El detonador fue una reforma monetaria que implicaba la pérdida de parte de los ahorros de la población. El problema de fondo residía en que el impulso conferido a la industria de base en detrimento de la de bienes de consumo, junto con la baja producción agrícola, había provocado escasez de bienes y la consiguiente inflación. Los obreros de Pilsen asaltaron la sede del poder local y exigieron elecciones libres. El gobierno envió unidades del ejército para reprimir y prometió inmediatos aumentos salariales.

La conducción del Partido se dividió: mientras algunos se pronunciaron en contra de la colectivización de las tierras, el secretario general Antonín Novotný se opuso a la restauración de la propiedad privada. El debate quedó zanjado pocos meses después en favor de Novotný, quien recibió el apoyo de Krushev.

A mediados de junio, los obreros de la construcción de Berlín Oriental se declararon en huelga y salieron a la calle a protestar contra el aumento de las tasas de producción. Al día siguiente, la huelga se generalizó y las manifestaciones se hicieron masivas. El jefe de la guarnición soviética organizó la represión y hubo detenciones en masa con aplicación de condenas a muerte para algunos de los detenidos. El gobierno adjudicó la explosión a provocadores burgueses y a los agentes del imperialismo. El escritor Bertold Brecht, evocando la exigencia de “dimisión del gobierno” planteada por los manifestantes, ironizó en un poema titulado *La solución*: “¿no será más sencillo que el gobierno licencie al pueblo y elija uno nuevo?”. En ninguno de estos casos los manifestantes pretendieron derribar el gobierno en forma violenta. Sus acciones fueron espontáneas, no ideológicas, y efímeras.

Los intelectuales alemanes se movilizaron solo después de la explosión obrera de 1953, en un primer momento acogida pasivamente. El protagonismo principal lo asumió la joven generación de escritores agrupada en torno de la revista *Der Sonntag*. Entre sus representantes se destacó Wolfgang Harich, quien lanzó la escandalosa propuesta –en la Alemania de Ulbricht– de “enriquecer” el marxismo leninismo con las aportaciones de Trotski, Luxemburgo, Bujarin y hasta Kautski.

Después del XX Congreso se concretaron movimientos de protesta de mayor envergadura en Polonia y Hungría, que fueron contenidos vía la negociación en el primer caso o reprimidos a través de los tanques soviéticos en Budapest.

El 28 de junio de 1956, en el centro industrial de Poznan (Polonia), miles de obreros desfilaron por la ciudad reclamando pan, elecciones libres y evacuación de las tropas soviéticas. La represión, que dejó un alto número de muertos y heridos y centenares de detenidos, no logró dismantelar la protesta. En la fábrica de Zeran, en Varsovia, el levantamiento obrero estableció contacto con la Universidad. Los católicos también se movilizaron: un millón de creyentes se concentraron en Cracovia con motivo del tercer centenario de la Virgen de Czestochowa, patrona de Polonia. En la trama de fuertes tensiones que dividieron al Partido, con los estalinistas recalcitrantes en favor de un golpe de Estado, acabó imponiéndose la tendencia liberal en favor de la restitución de Gomułka. Pero antes fue necesario el visto bueno del Kremlin. Una delegación presidida por Kruschchev arribó a Varsovia y tras unas tensas conversaciones con la dirección polaca, al mismo tiempo que las tropas soviéticas se movían en la frontera, el secretario general del PCUS acabó aceptando que Gomułka se hiciera cargo de la dirección del Partido.

Gomułka se inclinó en favor de un reformismo suave que incluyó un cierto grado de autonomía en los contactos con Occidente, alguna tolerancia en materia cultural, mayor grado de acción del Poder Legislativo y la revisión de la colectivización en el campo. En materia religiosa, el cardenal Stefan Wyszyński fue puesto en libertad y cesaron las persecuciones a la Iglesia. Todo esto en el marco de un definido reconocimiento de la hegemonía de Moscú.

La designación de Gomułka y la aprobación del programa que había planteado antes de su destitución permitieron controlar la situación y generar expectativas en la población.

Por otra parte, no hubo en la sociedad, ni por parte del movimiento obrero ni en el campo intelectual, una estrategia ni una dirección que sostuvieran iniciativas propias con el suficiente grado de convicción para profundizar el alcance de las reformas y obtener un mayor grado de autonomía frente al partido único que, en consecuencia, logró preservar su poder sin excesivo desgaste.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el gobierno de Gomułka se mostró muy distante de las esperanzas que había suscitado. Su conducción asumió un carácter autoritario que restringió las libertades en principio admitidas. Si bien no se volvió a intentar la colectivización rural, en el plano industrial la economía central planificada no logró satisfacer las expectativas de consumo y mantuvo unas relaciones laborales que negaban la autonomía de los trabajadores tanto en el plano de la organización de las tareas como respecto de la posibilidad de contar con organizaciones propias para defender sus reclamos. Desde mediados de la década de 1960, el movimiento polaco fue abandonando los propósitos comunistas reformistas. A mediados de los años sesenta, salió a la luz la última expresión de autocrítica comunista, la *Carta abierta* de Karol Modzelewski y Jacek Kuroń a los miembros del Partido Comunista Polaco, que proponía un levantamiento dentro del espíritu del socialismo contra la “nueva clase”: la burocracia del partido.

La crisis política en Hungría iniciada al morir Stalin estuvo caracterizada por la articulación de dos elementos. Por un lado, la agudización del conflicto interno entre los estalinistas agrupados en torno de Rákosi y los reformistas encabezados por Nagy. Por otro, la emergencia rápida y generalizada, tanto dentro del Partido Comunista como fuera de él, de una oposición al gobierno despótico de Rákosi. Ambos factores se alimentaron recíprocamente. La lucha

intestina facilitó la aparición de las fuerzas contestatarias y estas fortalecieron la línea de Nagy. Si bien Rákosi logró destituirlo en 1955, esta decisión hizo crecer el prestigio de Nagy entre sectores del Partido, de la intelectualidad y de la población. El 6 de octubre, alrededor de doscientas mil personas desfilaron por Budapest con Nagy a la cabeza en homenaje póstumo a Rajk. Entre el 22 y 23 de octubre, el círculo Petöfi y los estudiantes presentaron programas exigiendo elecciones y la evacuación de las tropas soviéticas. El 23 de ese mes, una manifestación multitudinaria destruyó una estatua de Stalin y ocupó la ciudad.

La conducción del Partido aceptó desplazar a Rákosi y nombrar a Nagy al frente del gobierno, pero simultáneamente apeló a la guarnición soviética para restablecer el orden. Durante varios días, los manifestantes enfrentaron a los tanques soviéticos. El nuevo gobierno encabezado por Nagy se mostró impotente para restablecer el orden y llegó una misión desde Moscú que desplazó al secretario del Partido para nombrar en su lugar a János Kádár. Esta medida no impidió la extensión de la huelga general declarada por los consejos obreros. El 26 de octubre, Kádár anunció la formación de un gobierno que incluiría ministros no comunistas y el reconocimiento de los consejos obreros. Al mismo tiempo, el mando soviético ordenó la retirada de sus tropas. Sin embargo, grupos armados de dudosa composición lanzaron acciones mortales contra miembros de la policía política y contra comunistas. Las escenas de linchamiento y ejecuciones sumarias, ampliamente difundidas por la prensa internacional, fueron utilizadas por los partidos comunistas como prueba del carácter “contrarrevolucionario” de la insurrección húngara.

A fines de octubre, los dirigentes comunistas húngaros aprobaron la abolición del sistema de partido único y la vuelta a una coalición con otros partidos, como la de 1945; también propusieron la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia. En respuesta, desde Moscú se ordenó a sus tropas ponerse en marcha hacia Hungría. Kádár, que en estas jornadas abandonó la escena pública, reapareció el 4 de noviembre solicitando la “ayuda” del Ejército soviético para combatir la “contrarrevolución”. Kádár, un hombre del aparato comunista que había sufrido como Nagy la represión estalinista, decidió mantener al país en la órbita soviética.

Nagy se asiló junto con sus seguidores en la embajada Yugoslava y cuando la abandonó, creyendo contar con garantías, fue detenido y dos años después ejecutado en el marco de la creciente cautela de Kruschev frente al embate pro-estalinista de Mao.

El argumento de los partidos comunistas para justificar la intervención soviética fue que no había otra opción para salvar el socialismo en Hungría y prevenir los peligros que para otros países socialistas se habrían derivado de su destrucción. A lo que Jean Paul Sartre, polemizando con los comunistas franceses, respondió dando cuenta de las consecuencias negativas de dicha intervención.

Kádár intentó conciliar dos políticas que parecían incompatibles, pero que le dieron resultado: la represión de los radicales y la negociación con los más moderados para incorporarlos a su equipo. Conseguido lo segundo –lo primero se llevó a cabo con la directa intervención soviética–, Kádár protagonizó una política revisionista en lo económico que

permitió diferenciarse respecto del resto de los países de Europa del Este, con la inclusión de actividades y prácticas más liberales y pro-mercado.

En la trayectoria de ambos procesos se distinguen significativos contrastes. En el caso de Varsovia, se aceptó la vuelta al gobierno de Gomułka, una de las víctimas de las purgas de Stalin, y el sesgo más flexible de su gestión alentó durante cierto tiempo la esperanza de un comunismo más afín con las peculiaridades de Polonia: la preservación de la propiedad de la tierra por los pequeños campesinos, el reconocimiento del arraigado catolicismo en la población. Sin embargo, en la década de 1980 Polonia, a través del movimiento obrero organizado en el sindicato Solidaridad, pasó a ser el epicentro de la oposición cada vez más frontal contra el orden soviético.

Un intento similar en Hungría –la reposición en el gobierno del perseguido Nagy–, fracasó. Los reformistas húngaros fueron más allá del límite que Moscú estaba dispuesto a aceptar: decidieron abandonar el Pacto de Varsovia. Además, el ala comunista conservadora de Budapest era más consistente que la polaca. Por último, la movilización de la sociedad desbordó al conjunto de la dirigencia comunista húngara.

La crisis húngara frenó la desestalinización. Aunque en Moscú la lucha se resolvió provisionalmente en favor de Krushev con los desplazamientos de Mólotov y Kaganóvich, Krushev tuvo que contemporizar con los dirigentes europeos más inclinados a la línea dura de la facción Mólotov y con el decidido anti-revisionismo de Mao. El dirigente yugoslavo Tito fue nuevamente convertido en símbolo del repudiable “revisionismo”.

A fines de 1957, se reunió en secreto la primera conferencia internacional de partidos comunistas desde la disolución del Komintern. La conferencia de los partidos en el poder aprobó una declaración común, no firmada por los yugoslavos. Mao adoptó un tono belicista muy distante de la coexistencia pacífica alentada por Moscú. En el texto definitivo se reconoció el papel dirigente de la URSS al frente del campo socialista y la necesidad de que en las relaciones entre los países y partidos se lograra una cooperación estrecha. Al mismo tiempo se criticó el revisionismo como expresión de una ideología burguesa que apuntaba a la restauración del capitalismo.

Respecto de las relaciones con Occidente, Mao asumió un discurso agresivo que reconocía la superioridad del socialismo y en consecuencia su posibilidad de expandirse mundialmente: no había que temer una guerra con el imperialismo porque este sería vencido. Sobre esta cuestión, la postura de Mao no suscitó adhesiones de los dirigentes de Europa del Este, que temieron la adopción de líneas de acción aventureras poco realistas.

El régimen de Tito, por su parte, organizó el Congreso de la Liga en abril de 1958, que reafirmó los principios en que se había fundado la escisión yugoslava: los peligros de la centralización burocrática, el reconocimiento de la diversidad de caminos hacia el socialismo y la gestión obrera como base de la democracia socialista.

En 1958, el antirrevisionismo alcanzó su mayor gravitación. La dirigencia soviética no solo denunció el revisionismo yugoslavo como caballo de Troya introducido en el ámbito comunista,

también fueron suspendidos los créditos prometidos en la etapa de la reconciliación. En este marco, fue ejecutado el dirigente húngaro Nagy, cuyo proceso venía siendo aplazado.

No obstante, en el XXII Congreso del PCUS en octubre de 1961, Krushev concretó la segunda y más profunda revisión crítica del estalinismo, que contribuyó a que en las democracias populares se reanimaran las tendencias opositoras. Sin embargo, el debate en el seno del Partido no fue acompañado de una reactivación de la vida política en la sociedad rusa. Los chinos abandonaron la reunión y las divergencias entre Moscú y Pekín se profundizaron en forma irreversible.

La controversia chino-soviética fue más la expresión de las tensiones entre dos políticas estatales que producto de diferencias ideológicas. La ruptura entre ambos países favoreció la diáspora de algunos países europeos respecto de Moscú. Albania, cuyo dirigente Enver Hoxha había soportado una presión constante de Krushev para que revisara su ortodoxia, se colocó bajo la protección de China. Ambos países reivindicaron abiertamente la figura de Stalin. En un tono más velado, el dirigente rumano Gheorghe Gheorghiu-Dej y luego su sucesor, Nicolae Ceaucescu, no cuestionaron la vía soviética al socialismo pero se opusieron exitosamente a los planes de integración económica del Kremlin –que asignaban a Rumania el papel de proveedora de materias al mercado común soviético– para impulsar un programa de industrialización nacional. Los rumanos deseaban acrecentar los intercambios comerciales y la cooperación técnica con los alemanes occidentales, contrataron a ingenieros y especialistas, buscaron divisas fuertes, prefirieron vender su maíz a Inglaterra en lugar de a Checoslovaquia y exportar cerdos y aves a los países capitalistas en lugar de a Checoslovaquia o Polonia.

La desestalinización abrió el camino a las voces disidentes en los países europeos. En cambio, en China hubo una reivindicación del pasado estalinista, cuya consecuencia más significativa fue la fragmentación del campo comunista y la creciente deslegitimación de la Revolución Rusa como el camino incuestionable hacia el socialismo. Aunque la disputa se planteó básicamente en términos ideológicos, el principal factor que dio paso a la ruptura chino-soviética remite al peso decisivo de la competencia entre los dos grandes Estados de la esfera comunista.

En Checoslovaquia, la crisis de 1953-1956 no llegó a profundizarse. A pesar de la explosión de Pilsen y de las demandas por parte de grupos del Partido para encarar la revisión de los juicios del período estalinista, el equipo de Antonín Novotný logró controlar la situación. Luego de la represión de la oposición húngara, en un contexto signado por el fortalecimiento de las corrientes más autoritarias, la dirigencia checoslovaca sancionó a los comunistas proclives a la liberalización del régimen.

Cuando desde Moscú, en el XXII Congreso del PCUS, Krushev volvió a criticar el estalinismo, en Praga adquirió destacada gravitación el movimiento en favor de la rehabilitación de los condenados en los procesos de 1949-1953, un reclamo que afectaba a los dirigentes del gobierno que habían tenido un papel destacado en su instrumentación.

Novotný se vio obligado a aceptar la responsabilidad de parte de la dirigencia del Partido en dichos crímenes. Al desprestigio del grupo dirigente por estos hechos se sumó la presencia de

problemas económicos: creciente déficit de la balanza de pagos y excesivos niveles de producción propuestos por el plan quinquenal.

En este contexto, se afianzó la oposición tanto dentro como fuera del Partido. Esta planteó tanto la reforma del sistema de planificación como la liberalización de la vida cultural. Entre los sectores más activos se destacaban los escritores y los estudiantes. Los semanarios culturales *Kuturny Zivot*, de Bratislava, y *Literary Noviny*, de Praga, denunciaban el estalinismo vigente y atacaban el dogma de la infalibilidad del Partido. La oposición tuvo especial fuerza en Eslovaquia, donde se vinculó con los reclamos de una mayor autonomía frente al centralismo impuesto por los checos, que controlaban el gobierno.

La Unión de la Juventud, organización controlada por el Partido, pidió en la conferencia que realizó en 1965 una mayor independencia para poder expresar sus juicios y reclamos. En este marco, el escritor Milan Kundera publicó la novela *La broma*.

La conducción del Partido aceptó la creación de comisiones para evaluar los alcances de la crisis y proponer alternativas en el plano económico, científico y político. Novotný fue reemplazado por Alexander Dubček en la secretaría general del Partido. En un contexto de crisis económica, la oposición parecía afianzarse.

Entre marzo y abril de 1968, se concretaron cambios a nivel del gobierno y el Partido que significaron una presencia más destacada de los renovadores. Algunos de ellos ocuparon funciones clave en el gobierno. Se reorganizaron e intentaron asumir un papel más activo otros partidos políticos: el Popular, de inspiración católica, y el Socialista Checo, cuya actividad había quedado reducida a la aprobación de las decisiones del Partido Comunista. Junto con ellos surgieron organizaciones nuevas: el Club 231, que agrupaba a los ex presos políticos; el Club de los Sin Partido, que postulaba la democracia parlamentaria socialista. El consejo central de los sindicatos anunció la celebración de una conferencia nacional para la renovación de su organización. En abril, la sesión plenaria del comité central del Partido aprobó un programa moderado para la edificación de un nuevo modelo de sociedad socialista, vía la combinación de una moderada apertura política con retribuciones que discriminaran los diferentes grados de responsabilidad, y alentaran el incremento de la productividad.

Frente a esta situación, los gobiernos de Moscú, la RDA y Polonia presionaron para evitar una profundización de las reformas en curso.

El gobierno checoslovaco intentó frenar el proceso de constitución y afianzamiento de nuevas organizaciones: prohibió la creación del partido socialdemócrata y reforzó el control sobre los medios de comunicación, especialmente respecto de las críticas de la política de Moscú y en relación con la información sobre los procesos de los años cincuenta.

A fines de junio, un grupo de personalidades del mundo cultural elaboraron un documento, llamado *de las dos mil palabras*, en el que expresaron su descontento por el estancamiento de la democratización. Proponían la organización de las fuerzas progresistas para romper la resistencia de los conservadores y asegurar el éxito de la renovación.

El gobierno y la conducción del Partido manifestaron su desacuerdo con el documento, especialmente en relación con la ausencia de un criterio de oportunidad, dada la posición delicada en que se hallaba el país tanto en el plano interno como internacional, y reclamaron moderación.

Estas actitudes conciliadoras no impidieron la intervención militar de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Esta se concretó antes de la reunión del Congreso del Partido que habría de elegir su nueva conducción, con el propósito de evitar el afianzamiento de la corriente más radicalizada. La entrada de las tropas fue justificada aludiendo a la presencia de fuerzas contrarrevolucionarias y a que su intervención había sido solicitada por representantes del Partido y del Estado checoslovaco.

En forma inmediata, Dubček y sus más estrechos colaboradores fueron detenidos y enviados a una cárcel situada en territorio soviético. A pesar de esta situación, logró reunirse el Congreso del Partido, que sesionó clandestinamente en una fábrica en las afueras de Praga con la presencia de más de dos tercios de los delegados que habían sido elegidos en las semanas precedentes. El cónclave condenó la ocupación y eligió un nuevo comité central en el que figuraban los dirigentes detenidos por las fuerzas de ocupación. Se acordó exigir la inmediata liberación de todos los detenidos y la retirada de los ejércitos del Pacto de Varsovia, se solicitó el apoyo de todos los partidos comunistas a las resoluciones del congreso y se sugirió la convocatoria de una conferencia internacional de los partidos comunistas.

El Kremlin resolvió negociar con los representantes del gobierno checoslovaco. Se reunieron en Moscú las figuras del ala conservadora y los dirigentes detenidos, que fueron trasladados desde la cárcel. El comité central del Partido, no renovado, ratificó el 31 de agosto los acuerdos logrados en esa reunión. En la declaración pública sobre el contenido de los mismos, se destacan los siguientes puntos: la renuncia del gobierno checoslovaco a plantear la cuestión de la intervención soviética en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la anulación del XIV Congreso del Partido y la permanencia de las tropas soviéticas hasta que el país se normalizara.

En este contexto, el grupo de Dubček, repuesto en el gobierno, asumió una política conciliadora con el ala conservadora, que salió fortalecida. El sector reformista con Dubček como símbolo de la Primavera de Praga perdía posiciones. Los dirigentes más radicalizados habían sido marginados después de la invasión, y en abril de 1969 el Comité Central del Partido Comunista aceptó la renuncia de Dubček, que fue reemplazado por Gustáv Husák.

Husák había sido una de las víctimas de los procesos de los años cincuenta y pertenecía al grupo de Dubček; sin embargo, aceptó el reajuste de la política checoslovaca en virtud de lo que consideró como una lectura realista de la situación. Desde esta perspectiva, el gobierno restableció la censura, depuró el Partido a través de la renovación de carnets y clausuró toda forma de organización autónoma en el seno de la sociedad.

En relación con el ingreso de las fuerzas militares en Checoslovaquia, se descartó que hubiese significado una ocupación: dicha acción había sido un “acto de solidaridad internacional que contribuyó a cerrar el paso de las fuerzas antisocialistas antirrevolucionarias”.

Esta situación profundizó la fractura del grupo liberal. Un sector se agrupó en torno de Husák y aceptó las limitaciones impuestas por la fracción estalinista. Otra parte rechazó la legalidad de la ocupación y denunció la connivencia del grupo conciliador con las fuerzas extranjeras. Frente a estas definiciones, esta fracción fue expulsada del Partido, en virtud de lo cual la oposición se organizó cada vez más al margen del mismo.

La China de Mao

Para China, la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1937 con la invasión de Japón, que condujo a la alianza pragmática entre el Kuomintang y el Partido Comunista. A lo largo del conflicto, los comunistas extendieron y consolidaron su inserción en la sociedad china y, una vez asegurada la independencia nacional con la derrota de Japón, se reanudó la guerra civil. El Kuomintang salió muy debilitado de la guerra de liberación: sus dirigentes eran considerados corruptos e incapaces de satisfacer el afán de justicia social. Los nacionalistas habían reprimido las revueltas rurales y las manifestaciones estudiantiles, y los intentos de Chiang de afianzar la autoridad del gobierno lo habían enfrentado a los jefes regionales. Desde 1946, Mao insistió en la redistribución radical de la tierra ocupada por sus fuerzas. Los equipos de trabajo comunistas alentaban a los campesinos pobres y medios a participar en *asambleas de lucha*, en las que expresaban sus agravios y muchas veces ejercían violencia sobre los terratenientes. Con el triunfo de los comunistas en 1949, se proclamó la República Popular China, que rápidamente impuso su dominio sobre el Tíbet, región aislada durante la República.

Los nacionalistas se refugiaron en la isla de Formosa (Taiwán) bajo la protección de Estados Unidos, y el asiento reservado a China en el Consejo de Seguridad de la ONU fue asignado al gobierno encabezado por Chiang Kai-shek. Simultáneamente, Mao se alineó con la Unión Soviética. En diciembre de 1949, el líder de la Larga Marcha viajó a Moscú para firmar un tratado de amistad, alianza y asistencia mutua con Stalin. El Kremlin, más allá de vanagloriarse por contar dentro de su esfera de influencia con la nación más poblada del mundo, no parecía esperar demasiado de una China empobrecida por décadas de guerra civil y ávida de ayuda. Además, la relación de Mao con los soviéticos tenía un pasado borrascoso y los dos meses de su estadía en Moscú estuvieron plagados de tensiones.

A fines de la década de 1920, cuando el líder chino se retiró al campo para organizar un ejército compuesto fundamentalmente por campesinos, la Internacional apoyó su destitución del Comité Central del Partido. En 1948, Stalin, en su afán de no irritar a Washington y descartando el triunfo de Mao, propició el acuerdo de este con el Kuomintang y desaprobó la ofensiva general de los comunistas contra el ejército nacionalista. No obstante, el líder chino nunca enfrentó abiertamente a Moscú.

Apenas concluida la guerra civil, el gobierno chino envió a sus hombres –más de dos millones– para ayudar a los comunistas coreanos, que pretendían reunificar el país a través de la guerra. En China, la nueva acción bélica se asoció con la exaltación de la potencia del espíritu revolucionario,

uno de los principios centrales del maoísmo, que recurrió reiteradamente a campañas de movilización masivas para promover cambios a través de la voluntad política y el esfuerzo compartido. La guerra de Corea también favoreció la propuesta de una pronta industrialización para dotar al país de los recursos que asegurasen su defensa frente a la amenaza exterior. Fue una posición similar a la de los estalinistas cuando, a fines de los años veinte, aprobaron el primer plan quinquenal y atacaron con brutal violencia al campesinado.

Una vez en el gobierno, los comunistas chinos enfrentaron desafíos similares a los de los bolcheviques cuando tomaron el poder: satisfacer las aspiraciones de una población abrumadoramente campesina, consolidar la clase obrera y erradicar el atraso para poder ingresar en el mundo moderno eludiendo la ruta capitalista. En ambos países, la burguesía era débil y los partidos comunistas, además de controlar los recursos del Estado, podían exigir sacrificios a la población. A diferencia de los bolcheviques, los maoístas tenían una fuerte inserción en el ámbito agrario y habían librado la guerra civil antes de llegar al gobierno. Al finalizar la Guerra de Corea y con la ayuda de la Unión Soviética, el primer plan quinquenal (1953-1957) adoptó el modelo estalinista: la construcción de enormes plantas industriales; el creciente peso de los burócratas y profesionales capaces de dirigirlas, y el incremento de una producción agrícola que aportaba los recursos necesarios para la industrialización. Pero los comunistas chinos, cuya principal base de sustentación eran los campesinos, no estuvieron tan dispuestos a explotarlos en beneficio de la industria pesada como hicieron los soviéticos. Se promovió la creación de cooperativas rurales que alentaban el trabajo compartido sin eliminar la propiedad privada. No obstante, este sistema inquietaba a los comunistas porque reconocía a los campesinos como propietarios de sus parcelas e incluso les permitía disponer libremente de una parte de la producción. En 1955, se dio un giro en favor de la colectivización plena pero sin la brutal campaña contra los kuláks que desplegó el estalinismo; los comunistas chinos combinaron persuasión con presiones en un mundo rural donde la presencia de los campesinos acomodados ya era reducida.

A mediados de la década de 1950, la dirigencia comunista creyó que la estabilidad y los logros económicos y sociales de los primeros años le permitirían contar con el apoyo de los intelectuales si aflojaban los controles y los alentaban a manifestar sus opiniones con sentido constructivo. No querían que en China sucediese algo parecido a los levantamientos de Europa oriental entre 1953 y 1956. Se supuso que el Partido, con su marcado sesgo hacia las diferencias jerárquicas y el autoritarismo, podía renovarse a través de un debate del que participarían los intelectuales ofreciendo nuevas alternativas. En 1956, Mao puso en marcha la breve campaña en favor de la libertad de pensamiento y expresión, el llamado Movimiento de las Cien Flores, nombre tomado de un poema chino tradicional: *Que cien flores florezcan; que cien escuelas de pensamiento compitan entre sí*. Pero las críticas subieron de tono, llegando a denunciar la colectivización y el monopolio del poder político por parte del Partido. La reacción no se hizo esperar: los críticos del régimen fueron acusados de contrarrevolucionarios elitistas y castigados con la censura, la cárcel o los trabajos forzados.

El primer plan quinquenal fue relativamente exitoso, pero a ese paso la industrialización de China tardaría mucho tiempo porque los excedentes del agro eran muy reducidos. Para evitar las constricciones materiales se convocó a la población a dar el *Gran Salto Adelante*, cuyo principio básico era utilizar al máximo el único recurso abundante: la mano de obra campesina. Para aumentar la productividad, los maoístas apostaron a la transformación radical de las estructuras sociales agrarias mediante la movilización de la fuerza laboral rural y la reorganización de la familia campesina. En las fábricas se promovió la democracia igualitaria a través de las críticas de las bases a los directivos y especialistas: cualquiera estaba en condiciones de saber qué decisiones eran las adecuadas y era más importante ser *rojo* que especialista. El ala moderada, encabezada por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, predicaba una reforma cauta y anteponía los criterios económicos y técnicos a la voluntad política. Para Mao, en cambio, la movilización de las masas podía superar todo obstáculo material; en su visión prevalecía la idea de la *revolución continua* como herramienta de progreso y de transformación social.

El Gran Salto Adelante condujo a muchos hombres a dejar el campo para sumarse a la obra pública o ingresar en las fábricas. Las comunas populares, donde todas las tareas eran compartidas, reemplazaron a las cooperativas creadas unos años antes. Estas comunas –cuyas guarderías y comedores liberaban al ama de casa de las tareas domésticas– permitieron la plena incorporación de la mujer al trabajo intensivo en el medio rural. Este giro radical afectó el modo de vida tradicional de la familia campesina y fue un rotundo fracaso económico. El enorme tamaño de las comunas, en las que no se permitía ningún tipo de explotación privada, diluyó las responsabilidades y debilitó la motivación de los campesinos. A los defectos constitutivos del sistema se sumaron una serie de sequías e inundaciones que provocaron hambrunas en numerosos lugares. En diciembre de 1958, la dirigencia comunista canceló el proyecto para dar paso a un comunismo más tecnocrático y Mao debió dejar la jefatura del Estado en manos de Liu Shaoqi, aunque conservó la dirección del Partido.

La nueva dirección colegiada abandonó las campañas por la democracia y volvió al salario por pieza, a la valoración del saber de los especialistas y al restablecimiento de las viejas jerarquías campesinas. No quedó nada del igualitarismo defendido por Mao. Los mandos del Partido reafirmaron su autoridad en el control de la economía y la determinación de la posición que ocupaba cada grupo en la sociedad. A partir de la Revolución, la gente había sido clasificada en *rojos* –obreros, campesinos pobres y medios, cuadros, soldados y familiares de mártires revolucionarios– y *negros*: terratenientes, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, elementos antisociales y derechistas. Este ordenamiento, lejos de avanzar hacia una sociedad igualitaria, generó una masa de resentidos entre los excluidos de la élite roja, desde los miembros de la antigua burguesía pasando por jóvenes rebeldes hasta los trabajadores recién emigrados a las ciudades, que carecían de los beneficios de los obreros más antiguos.

El marginado Mao y su círculo no compartían el nuevo rumbo tecnocrático que acompañaba al afianzamiento de las nuevas jerarquías en el Partido, y a mediados de la década de 1960 pusieron en marcha la Revolución Cultural: un giro destinado a barrer a la cúpula gobernante a través del cual Mao reafirmó su convicción sobre la primacía de la voluntad política gestada al

calor de la experiencia del socialismo guerrillero. Los burócratas enfriaban el ardor revolucionario y había que desplazarlos para que la movilización y el sacrificio militante de la población hicieran posible el salto hacia el comunismo igualitario, al que las condiciones materiales oponían severas limitaciones. El líder chino temía, como le dijo al vietnamita Ho Chi Minh en 1966, que ellos fueran sucedidos “por Bernstein, Kautsky o Kruschev”.

La “revolución desde arriba” se puso en marcha con declaraciones críticas sobre los “representantes de la burguesía y la gente del estilo de Kruschev que todavía anidan entre nosotros” y de inmediato se multiplicaron los grupos de Guardias Rojos formados básicamente por estudiantes. La Guardia Roja debía combatir el revisionismo en el seno del Partido y las “cuatro antiguallas” en el conjunto de la sociedad: las viejas costumbres, la vieja cultura, las viejas ideas y las viejas tradiciones de las clases explotadoras. La acción espontánea de las masas debía reordenar acabadamente la sociedad liquidando las diferencias de clase en sus distintas expresiones, no solo la económica, y anulando también la división entre trabajo intelectual y manual. En la cúspide solo habrían de quedar los más virtuosos y comprometidos con la lucha de clases. La movilización iniciada por los estudiantes fue seguida por la de los obreros contra quienes los sojuzgaban y la de las poblaciones rurales contra los jefes políticos locales. En la fase más radical de la Revolución Cultural, la Guardia Roja se dividió, ambiguamente, entre conservadores y radicales según la diversidad de grupos e intereses enfrentados que quedaron envueltos en la revolución convocada “desde arriba”. La confusión derivó en una guerra civil, en la que ambos bandos proclamaban acatar la voluntad de Mao. A finales de 1967 el líder chino reconoció el peligro del caos y puso en marcha una nueva campaña encomendando al ejército, que antes había apoyado a los radicales, la restauración del orden, que fue lograda con un altísimo grado de violencia³.

³ El testimonio de uno de los jóvenes estudiantes involucrado en la movilización:

Pronto Guangxi se hizo famosa en toda China por las violentas luchas entre diferentes facciones de sus Guardias Rojos, que acabaron desencadenando una guerra civil en toda regla. Esto se debía en parte a que Guangxi era la única región del país en la que el secretario provincial del partido no soltó el poder durante toda la Revolución Cultural; en todos los demás sitios, los secretarios provinciales fueron derrocados. Pero Guangxi controlaba las rutas de suministro hacia Vietnam, donde la guerra con Estados Unidos estaba por entonces pasando por sus momentos más críticos, y el secretario local del partido, Wei Guoqing, disfrutaba de excelentes relaciones con el partido vietnamita del otro lado de la frontera, de modo que Mao no quería verle destituido. Nuestra facción luchó contra Wei en 1967 y 1968. Nuestras bases estaban en su mayor parte en un barrio pobre de la ciudad. Allí recibí reveladoras lecciones de sociología. Nuestros seguidores eran habitantes pobres y marginados de la ciudad, que no prestaban demasiada atención a nuestra retórica ideológica, pero expresaban con increíble energía las quejas que tenían acumuladas contra los funcionarios del gobierno. Asimismo, las actividades económicas en nuestras “zonas liberadas” distaban mucho de estar “planificadas”. Por el contrario, el área de gueto del barrio estaba plagada de puestos y vendedores callejeros. Cuando en determinado momento, nosotros, los estudiantes, después de que la dirección del Grupo Central de la Revolución Cultural declarara su apoyo inequívoco a nuestros adversarios, empezamos a considerar la claudicación, los pobres querían seguir luchando. Entre ellos se encontraban trabajadores portuarios y de los transbordadores del río Yong, a los que la facción encabezada por Wei acusaba de lumpen proletariado, más parecidos a una mafia que a una clase trabajadora industrial moderna. El contraste entre los eslóganes retóricos de las facciones estudiantiles rivales y las divisiones sociales reales entre los grupos que las seguían era notable también en Guilin, adonde viajé en el invierno de 1967. En esta región, a diferencia de lo que sucedía en Nanning, nuestra facción ostentaba el poder municipal, mientras que la mayor parte de los pobres apoyaba la facción de Wei y se resistía a los esfuerzos de meterles en cintura. En efecto, la gente común tendía en estos conflictos a apoyar al bando más débil —a quien no estuviera en el poder— y, una vez que había elegido, era también más firme que los estudiantes a la hora de luchar hasta el final.

Aunque las décadas de 1960 occidental y asiática mantuvieron conexiones entre sí, hubo también diferencias muy importantes.

En Europa y América, el ascenso de los movimientos de protesta de la década de 1960 trajo consigo un cuestionamiento de las instituciones políticas del capitalismo y una crítica intensa de su cultura. La década de 1960 occidental criticó exhaustivamente las políticas internas y externas del Estado de posguerra. En cambio, en el sudeste asiático (en Indochina en particular) y en otras regiones, los levantamientos de la década de 1960 se manifestaron en forma de lucha armada contra la dominación imperialista y la opresión social occidental.

Con el lanzamiento de la Revolución Cultural, Mao y otros dirigentes del Partido se basaron en una serie de tácticas para combatir las tendencias hacia la burocratización y las luchas internas en torno del poder dentro del Estado-partido, pero el resultado final fue que la estrategia concretada fue atravesada por los procesos mismos –lucha de facciones y tendencia hacia la burocratización– que se pretendía combatir, dando paso así a una nueva represión política y a la inflexibilidad del Estado-partido.

En el marco del desorden desatado por la Revolución Cultural, las tensas relaciones entre Pekín y Moscú alcanzaron un punto crítico cuando las disputas fronterizas desembocaron en una serie de incidentes armados en 1969. Un sector de la dirigencia china, preocupado por la combinación de deterioro interno y amenaza exterior y con el afán de romper el aislamiento de Pekín, propició el acercamiento a Estados Unidos pensando también en debilitar a los soviéticos: *una pausa en las críticas contra el imperialismo bastaría para inquietar a los revisionistas del Kremlin*. Mientras Estados Unidos redoblaba su apuesta militar para liquidar el régimen comunista en Vietnam, Zhou Enlai –dirigente clave en relaciones exteriores, excepto al inicio de la Revolución Cultural– propició el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos y el ingreso de China en el Consejo de Seguridad de la ONU, desplazando de su banca a la representación del gobierno chino con sede en Taiwán.

Tras la muerte de Mao y la restauración del poder de Deng Xiaoping y otros dirigentes, el Estado chino emprendió una “negación a fondo” de la Revolución Cultural desde finales de la década de 1970. Asociado a los sentimientos populares de incertidumbre y desilusión, esto condujo a un fundamental cambio de actitudes que ha durado hasta la actualidad. En los últimos treinta años, China ha pasado de ser una economía planificada a una economía de mercado, de “cuartel general de la revolución mundial” a próspero centro de la actividad capitalista, de nación antiimperialista del Tercer Mundo a uno de los “socios estratégicos” del imperialismo.

En su trayectoria posterior, el proceso de despolitización de China llegó a presentar dos características decisivas: en primer lugar, la ausencia de teoría en la esfera ideológica; en segundo lugar, hacer de la reforma económica el centro exclusivo del trabajo del Partido.

Qin Hui. “Dividir el gran patrimonio familiar”, en *New Left Review* N° 20, mayo-junio de 2003.

Película La confesión
(L'aveu)

Ficha técnica	
Dirección	Constantin "Costa" Gavras
Duración	139 minutos
Origen / año	Francia, 1970
Guión	Jorge Sempérn, sobre el libro de Lise y Artur London
Fotografía	Raoul Coutard
Montaje	Francoise Bonnot
Música original:	Giovanni Fusco
Producción	Robert Dorfmann y Bertrand Javal
Intérpretes:	Yves Montand (Artur London); Simone Signoret (Lise London); Gabriele Ferzetti (Kouhotek); Michel Vitold (Smola); Jean Bouise (jefe de la fábrica); Laszlo Szabó (Policía secreto); Georges Aubert (Tonda); Michel Robin (el acusador); Michel Beaune (Abogado) y Patrick Lancelot (interrogador)

Sinopsis

Entre 1951 y 1952, Artur London, activo comunista y dirigente checo, vivió la experiencia de la persecución, el encarcelamiento, la tortura, el juicio público y la condena a cadena perpetua como resultado de la acusación de formar parte de una conspiración contra el partido desde su cargo de viceministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia. Liberado en el marco del "deshielo" en 1956, rehabilitado en 1963, London emigró más tarde a Francia sin renunciar a su afiliación al Partido Comunista y escribió allí junto con su esposa el libro en el que narró la historia de su desgracia personal y política que constituye la parte central del film de Gavras. Decidido a presentar el libro entre sus compatriotas y con el amparo de las autoridades que impulsaban los cambios que propiciaron la "primavera de Praga", London –presentado en el film bajo el seudónimo de Gerard– se traslada en 1968 a Checoslovaquia, con la intención de contribuir al proceso de apertura política que se vive en su país. Al llegar, lo reciben los tanques soviéticos. El círculo de la represión trazado desde Moscú, vivido sobre su propia persona y las de muchos compañeros de militancia de toda una vida, se cierra de manera implacable sobre el destino histórico de su nación.

Acerca del interés histórico del film

A partir de *La confesión: en el engranaje del proceso de Praga*, el libro que su autor se propone presentar en su país sobre el final de la película, Costa Gavras construye un temprano y contundente film de denuncia sobre las relaciones políticas dentro del bloque soviético en el período de posguerra y, más en particular, sobre las formas sofisticadas y terribles que asumió la represión contra ciertos dirigentes comunistas puestos bajo la mira del régimen de Moscú al calor del complejo entramado de tensiones que atraviesa el mundo socialista europeo a la salida de la segunda guerra mundial y en el marco de la consolidación de la Guerra Fría.

Puede resultar sorprendente el calificativo de temprano para un film realizado dieciocho años después de los hechos que narra, no lo es al interior de la lógica del propio relato ni a la luz de la historia de la izquierda comunista europea y del desarrollo de una conciencia crítica sobre el régimen soviético y sus consecuencias sobre la causa comunista internacional.

Enmarcado en los complejos años de una posguerra que no terminaba de definir un tablero político preciso, sobre todo en el interior del bloque socialista, el film de Gavras se atiene a la reconstrucción del testimonio de su protagonista sobre su caída en desgracia ante las autoridades máximas del partido y asume la forma de un *thriller* político que encadena la persecución y el hostigamiento difuso sobre el protagonista al principio de la obra, los temores del funcionario que busca apoyo entre sus colegas infructuosamente y, sobre todo, la maquinaria terrorífica de la represión que busca arrancarle una confesión sobre una conspiración urdida o imaginada en las altas esferas y que incluye a las figuras máximas de la dirigencia comunista checoslovaca.

Sobre la segunda parte de la obra, Gavras alude a la situación de exilio de London, instancia en la que decide narrar su experiencia como protagonista y víctima de una historia que, a diferencia de muchos de sus amigos y camaradas, puede y decide finalmente contar como contribución a una causa política que, pese a todo, no ha abandonado. El epílogo del film, entre la mirada azorada de London de vuelta en su querida Praga y las fotos que Chris Marker, el gran documentalista francés, tomó de la ocupación militar soviética a la ciudad en 1968, trasciende el testimonio del protagonista y define una cierta parábola de la experiencia comunista en Europa del este durante el cuarto de siglo que siguió a la finalización de la segunda guerra mundial.

Trataremos en lo que sigue de recuperar tres líneas históricas del relato que enhebra el film en procura de conectarlas con ciertas dimensiones de la experiencia histórica del comunismo y la conciencia de sus protagonistas, que se revelan y se ponen a prueba en el tiempo histórico que revisa *La confesión*: la experiencia de la militancia, la obediencia a la dirección del partido y la emergencia de una conciencia crítica sobre el régimen soviético.

Siguiendo ciertos trazos de su testimonio, *La confesión* puede leerse en parte como una historia de la militancia comunista europea, visible en la vida de London y de los compañeros de lucha, resistencia y activismo político que evoca en el curso de la narración. A lo largo de los suplicios con los que los represores preparan el proceso y las confesiones de los acusados,

London es obligado a revisar una larga trayectoria de lucha y compromiso con el socialismo y la revolución, que comienza en su temprana juventud con la organización de un atentado fallido a la prefectura de Praga cuando contaba tan solo quince años. En el marco del interrogatorio y de las lógicas tortuosas que lo enhebran, los represores lo acusarán más tarde de anarquista por este episodio. La revisión de este suceso casi anecdótico de su biografía será el principio de toda una historia personal puesta bajo sospecha. Así, la participación de London como brigadista internacional en la guerra civil española se considera, quince años después, el origen de sus primeros contactos con los grupos trotskistas y con algunos de sus dirigentes, principales enemigos de la línea oficial del Partido; y su posterior experiencia como detenido político y activista de la resistencia contra los nazis, el germen de sus vínculos con diferentes agentes internacionales, húngaros, yugoslavos, polacos, detectados posteriormente como conspiradores, espías y colaboradores de la burguesía mundial.

De pronto, como si se tratara de un movimiento de puertas batientes, una vida entera dedicada a la causa revolucionaria comunista se convierte, a la sombra de una conspiración fabricada por los acusadores, en la trayectoria de un traidor a la revolución que, a sabiendas o no, se ha ido vinculando con los enemigos del partido y colaborando con ellos en el derrocamiento de la revolución internacional. La experiencia de London y la de muchos de sus más cercanos y queridos compañeros de vida y de lucha se expone públicamente del revés: ni militante heroico, ni glorioso resistente, ni comprometido constructor del socialismo: la plana mayor del gobierno checoslovaco aliado de Moscú a la salida de la segunda guerra mundial es sometida en 1952 a un proceso por traición a la revolución que sentenciará a sus integrantes a la ejecución o la prisión perpetua a manos del régimen comunista que ayudaron a edificar y sostener a lo largo de sus vidas.

Sin entrar en consideraciones profundas en torno de las dimensiones psicológicas de la experiencia personal de London, es preciso indagar en su perspectiva para comprender, aunque sea en parte, una cierta lógica en los hechos que se narran en la obra y que lo tienen como víctima central aunque no exclusiva. En este sentido es muy importante la honestidad que el protagonista y autor sostiene con su punto de vista, su manera de pensar lo que le pasó y el decurso de una conciencia personal que, aun en manos de los verdugos del régimen, se resiste a renegar definitivamente de su fe en la causa del partido. Veamos...

Artur London, viceministro de Asuntos Exteriores del gobierno comunista checoslovaco, es apresado clandestinamente y confinado a reclusión ilegal por agentes secretos del partido en plena Praga y a la luz de un hermoso día soleado en el que los niños corren y juegan en las plazas de la ciudad. Poco a poco, en el marco de un violento cautiverio en el que se lo somete a diversas formas de tortura física y psicológica, irá comprendiendo que se lo acusa de participar, junto con gran parte de sus colegas de gobierno, de una conspiración contra el partido, como producto de una desviación "cosmopolita" generada en contacto con agentes trotskistas y "titoístas" aliados de la burguesía mundial. London sabe que la acusación que pesa sobre él y sus camaradas es completamente falsa y que la versión que se le presenta para su firma es descabellada y febril, pero pasa buena parte de la preparación del juicio

convencido de que lo que le toca vivir es un tremendo malentendido que tarde o temprano va a esclarecerse. Discute con sus interrogadores, reclama la presencia de “responsables” y cree que los agentes que lo someten son usurpadores, intrusos y no verdaderos brazos ejecutores de una política que lleva más de veinte años organizando los asuntos del poder en la Unión Soviética y, ahora, en sus estados satélites. Una parte de su convicción en la causa comunista, la fe en la sabiduría suprema de su líder, la disciplina en torno de la verdad histórica que sólo el partido encarna, sobrevive a sus torturas y a su condena, incluso más allá de los métodos atroces que se le aplican a él y a sus compañeros. La aceptación de las condenas por parte de todos los acusados y las renunciaciones a apelarlas confirman este hecho.

La sombra de una escena pretérita, la de los procesos de Moscú, se cierne sobre la trama histórica del film y da cuenta de la reproducción, fuera de la capital del mundo socialista, de las lógicas del terror que se desplegaron de manera implacable en la década del treinta contra muchos de los hacedores de la revolución de 1917. Así como muchos comunistas convencidos creyeron en la verdad del partido en los años más feroces de persecución, represión y exterminio de supuestos opositores, la conciencia de Artur London no termina de despertar, ni siquiera bajo coacción física, a una verdad diferente sobre la naturaleza del régimen que lo tortura para hacerlo mentir y para legitimar esa mentira ante la Historia. La propia mujer de London escribirá una carta al nuevo secretario del partido reconociendo las culpas de su esposo y las razones del partido para juzgarlo y condenarlo. No hay verdad personal ni histórica en todo el proceso, no hay, siquiera entre esposos, confianza profunda en toda una trayectoria de vida compartida y puesta al servicio de ciertos ideales aun en las condiciones más adversas y peligrosas. Hay, sí, la necesidad de sostener una fe general contra toda evidencia particular. ¿Qué otra racionalidad que la del poder se expone y se confirma en esta lógica sostenida desde arriba y confirmada en parte por sus propias víctimas? El mismo London recuerda en el marco del proceso cómo antiguos y fraternales compañeros comunistas habían caído antes que él en procesos semejantes o, directamente, habían desaparecido ante el silencio cómplice de camaradas que, como él mismo, justificaban las partes por el todo.

Lo cierto es que a la salida de un proceso en el que toda su vida política se ha resignificado y convertido públicamente en la trayectoria de un traidor, Artur London, herido y golpeado en su fe, sostendrá de todos modos su compromiso político con el Partido Comunista en la creencia de que lo que le sucedió fue una desviación –curiosamente, lo mismo de lo que se le acusa a él–, un error en el camino de la verdad de su causa. El film de Gavras señala que su conciencia necesitará de un nuevo golpe para asumir, ahora sí, una perspectiva sustancialmente diferente sobre su propia historia y la del régimen al que ha servido.

El tercio final de la obra presenta, a través de la aparición de Artur London en Francia nueve años después de su liberación, un punto de ruptura en la narración y una posibilidad de pensar el film todo un poco más allá del punto de vista de su protagonista. Algo de esto se evidencia claramente en las discusiones que el propio London sostiene con un compañero nombrado como Jean –con toda seguridad, un alter ego de Jorge Semprún, quien escribió el guión del film– sobre su persistencia en no abjurar del partido y sobre la necesidad de posponer una

denuncia pública completa de su historia que pueda ser utilizada por los enemigos mundiales del comunismo. No es tiempo ni lugar, afirma London, de denunciar al partido, la vuelta a su país será la ocasión de contrastar su lealtad con la marcha de la Historia. Confiado en que ha llegado por fin el momento de democratización y refundación del socialismo checoslovaco, auspiciado por la sociedad de escritores de su país, London va a Praga a presentar por fin su libro y purificarlo en las aguas de un momento histórico que avala su lealtad a la causa del comunismo. El contrapunto entre las imágenes de los tanques soviéticos y la mirada de asombro de London ante la nueva repetición de un drama demasiado conocido sella el punto de vista del film: se ha establecido el doloroso despertar de una conciencia crítica.

Si la muerte de Stalin había abierto expectativas importantes en torno de la posibilidad de una apertura tanto en la estructura vertical del régimen soviético como en sus relaciones con sus estados subordinados, para muchos comunistas dentro y fuera de la Unión Soviética fueron necesarias varias pruebas históricas de que la mano de hierro del líder no había sido solamente un estilo personal de conducción sino que coronaba, en la cúspide, un sistema político que se había afirmado sobre las lógicas de la delación, la paranoia conspirativa y el despliegue continuo y renovado de una inquisición moderna contra toda disidencia real, sospechada o inventada contra la fe en la verdad del partido. Esa misma causa en nombre de la que London y sus colegas justifican la intromisión de los asesores enviados por Moscú en el gobierno de Praga en 1951 y que será el principio de todas sus desgracias... esa misma causa que, casi veinte años después, y ya sin necesidad de ocultarse bajo falsas confesiones públicas, sustituirá a los asesores por tanques.

En 1970, *La confesión* era entonces un testimonio histórico temprano para una parte importante de la militancia comunista y para la opinión pública en general. Su verdad, que soporta aún varios niveles de sentidos, no era la de Solzhenitsyn ni la de Koestler –por más que se le pareciera a ambas–, no provenía de alguien a quien pudiera señalarse como liberal o como renegado, e implicaba una nueva revisión sobre el derrotero de la historia de la Europa soviética durante las dos décadas largas de la posguerra: bajo esta nueva luz aquello que los propios comunistas de Europa del este habían juzgado como una parte muy accidentada del camino hacia el socialismo debía comprenderse como la consolidación de un régimen imperial y reaccionario, ese viejo enemigo de la revolución mundial que ya no es posible ocultar bajo nuevas máscaras.

Sobre el director y su obra

Veintitrés filmes dirigidos en más de medio siglo de carrera cinematográfica apoyan la trayectoria de Costa-Gavras, a esta altura un cineasta singular que ha sabido sostener un perfil propio mucho más allá de los sucesivos cambios de época y las modas culturales y políticas que ha atravesado la historia de las últimas cinco décadas. Constantin *Costa* Gavras nació en Loutra-Iraias, Grecia, en 1933 y emigró en su juventud a Francia donde comenzó a dirigir cine en 1958

con el cortometraje *Les rates*. Su primer largo, *Crimen en el coche cama* (*Compartiment tueurs*) data de 1965, pero su primera película importante, con amplísima repercusión entre el público y la crítica sería *Z* (1969), un notable *thriller* político –primera colaboración con Jorge Semprún– en el que se narra la investigación a cargo de un joven magistrado de un crimen contra un político disidente ejecutado por agentes paramilitares de una dictadura abiertamente represiva. Aunque sin menciones explícitas, el film recuperaba el caso de un político griego asesinado en 1963 por la dictadura que gobernaba el país. Gavras ganó una considerable reputación con este film, el anterior a *La confesión*, y enhebraría a lo largo de su obra una serie de películas importantes para la tradición de un cine personal que no perdió su contenido contra las formas políticas y económicas imperantes en el mundo capitalista.

Algunas de sus películas más célebres son: *Estado de sitio* (*État de siege*, Francia, 1972), situado en Uruguay, el film explora la colaboración internacional en la represión de las guerrillas sudamericanas; *Sección especial* (*Section spéciale*, Francia 1975), sobre la represión en la Francia ocupada por los nazis; *Desaparecido* (*Missing*, Estados Unidos, 1981), basada en el caso de la desaparición de un periodista estadounidense bajo la dictadura de Pinochet en Chile; Hanna K. (1983), que narra la defensa que un abogado israelí ejerce de un joven palestino sometido a una corte militar en los territorios ocupados por el estado de Israel y; más recientemente, *Amén* (2002), fuerte denuncia contra la actuación del Vaticano durante la segunda guerra mundial y su complicidad con el régimen nazi y el genocidio judío, *La corporación* (*Le couperet*, Francia, 2005), una lúcida e implacable reflexión sobre la competencia individual en los niveles gerenciales bajo las lógicas del capitalismo reciente y *El Capital* (*Le Capital*, 2012), en el que el director extiende su mirada crítica en torno de la estructura económica del mundo de la libre empresa y la sujeción de los hombres a sus reglas implacables.

Aunque el foco de su mirada se ha corrido en los últimos años hacia ciertas dimensiones de las prácticas económicas, es evidente que la obra cinematográfica de Costa Gavras se ha desarrollado sobre la constante de iluminar de manera crítica ciertas estructuras y lógicas de funcionamiento del poder en el mundo contemporáneo. Algunos de sus primeros filmes conservan aún una potencia inusual que los torna relevantes fuentes de época sobre los hechos que narra y sobre una cierta forma singular de abordarlos: entre la paciente y rigurosa reconstrucción de ciertos hechos históricos y la firme voluntad de exponerlos a una conciencia pública que los soslaya o los justifica bajo diversos regímenes de verdad y de poder. A esa etapa inicial pertenece *La confesión*, un film sumamente incómodo para la época que sitúa, en las experiencias de London y, tácitamente, de Semprún, el despertar de una nueva fase de la crítica del comunismo soviético formulada por sus propios militantes. Como señala y expone Chris Marker en *La tumba de Alejandro* (*Le tombeau d'Alexandre*, Francia 1993), el valor histórico de *La confesión* se volvería a actualizar tras la caída de la Unión Soviética y sería un triste espejo puesto frente a la mirada de los viejos militantes de una causa revolucionaria transfigurada por la Historia.

Actividades

Actividad 1

Terminada la Segunda Guerra Mundial y con el comienzo de las hostilidades que darían lugar a la Guerra Fría gran parte de los territorios de Europa del Este pasaron a estar bajo control de la URSS.

Complete el siguiente cuadro señalando la situación de los países previa a la guerra, durante el conflicto y posterior al mismo:

	Situación		
	Previa	Durante la guerra	Posterior
Albania			
Bulgaria			
Checoslovaquia			
Hungría			
Polonia			
Rumania			
Yugoslavia			

Actividad 2

En el capítulo se aborda el denominado proceso de *desestalinización* que vivió la Rusia Soviética a partir de la muerte de Joseph Stalin. ¿Cuáles fueron las características de éste proceso y sobre qué ejes giró el debate político al interior del Partido Comunista? ¿Cuáles fueron sus consecuencias externas?

Explique porqué se sostiene que “*la desestalinización produjo por vez primera en la historia de la URSS, la aparición de algo semejante a una opinión pública*”. Identifique las obras literarias que se señalan como fundamentales del proceso.

Actividad 3

Caracterice los tres tipos de conflictos que se dan en Europa del Este en el período que va desde la muerte de Stalin hasta 1968.

Actividad 4

Señale los antecedentes del término *revisionismo* y a qué hace referencia en el contexto de la segunda posguerra. Indique las particularidades que tuvo como movimiento intelectual, sus características organizativas y alcances según lo indicado en el capítulo.

Actividad 5

A partir del apartado “La China de Mao” caracterice la relación entre la China de Mao y la URSS desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la década del 60.

Actividad 6

En *La confesión* se narra minuciosamente la experiencia de uno de los sentenciados en el proceso de Praga. En relación con la presentación del caso que se narra en la obra:

Considere y desarrolle brevemente las relaciones entre el estado checoslovaco y la Unión Soviética en la década posterior a la segunda guerra mundial.

¿Qué situaciones de la historia de Artur London pueden conectarse con el tiempo de la “desestalinización”, cómo las percibe el protagonista y cuáles son sus límites?